

## **ESTUDIOS**

# LA HUELLA IMPERECEDERA DE MONS. JAUREGUI

Lucas Guillermo Castillo Lara (\*)

## CAPITULO I

### DESTINO DE CUMBRES

#### Tierras hidalgas y generosas

Con un sentido de filial veneración, que le da características tan especiales a la gente de nuestra Cordillera Andina, las comunidades y pueblos de Trujillo, Mérida y Táchira conmemoran el Sesquicentenario del nacimiento del Apóstol de la educación andina, Mons. Jesús Manuel Jáuregui Moreno. Un personaje de extraordinaria significación, que marcó un hito trascendental en el devenir intelectual, pedagógico e histórico del Occidente venezolano. Un sacerdote admirable, misionero infatigable, que a palabra abierta y apretada escritura, entregó la luz de Cristo. Su primera, principal y única misión, fue ser Pastor de almas a imitación de su divino Maestro.

Vio su primera luz en el lar trujillano de Niquitao, una tierra generosa que le entregó la hidalga reciedumbre de su carácter, y también le dio la esencia recóndita para darse y repartirse en el don. En el crisol merideño aquilató su oblación religiosa, abrevó en las fuentes del saber, obtuvo su don sacerdotal, y granó su primera cosecha apostólica en las alturas de sus páramos. Pero fue en La Grita, su bienamada Grita, a la cual entregó corazón y vida con los desvelos más profundos. En esas tierras tachirenses derramó su corazón de Cristo y marcó allí una huella imperecedera, irradiada a todo el Occidente del país. Su mejor obra la dejó en el campo de lo social y en la educación de la juventud. Por toda esa infatigable labor que realizó en la griteña tierra, por las muchas obras que allí sembró, y fundamentalmente por su gran Colegio del Sagrado Corazón de Jesús que allí fundó, su nombre y el de La Grita están indefectiblemente unidos.

---

(\*) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra "D".

### Un homenaje de La Grita

Desde la hondura entrañal de su agradecimiento, todas esas tierras que lo vieron y sintieron pasar y repasar sembrando a manos llenas, le están rindiendo en esta fecha sesquicentenario su más sentido y fiel homenaje a Mons. Jáuregui. ¿Y qué mejor y más digno homenaje se le puede rendir, que plantar de frente su memoria ante las nuevas generaciones? Que quizás no lo conocen en su integridad, a fin de que no se olvide o se difumine su obra apostolar, y sobre todo para que fructifiquen sus enseñanzas y ejemplos.

Aparte de airear y difundir los rasgos biográficos y la actuación cumplida por Mons. Jáuregui, quizás una de la mejor manera de conocerlo y adentrarse en su pensamiento es a través de su producción escrita. Causa verdadero asombro, que dentro de las agotadoras y múltiples tareas que cumplía en lo apostólico, lo educativo y cultural tuviese todavía tiempo para realizar producciones literarias, históricas, pedagógicas, periodísticas y aún poéticas.

Gran parte de esas obras publicadas de Mons. Jáuregui, han sido recopiladas con afanosa dedicación por la Antropóloga Fanny Zulay Rojas, Cronista de La Grita y Miembro de la «Junta Sesquicentenario del Nacimiento de Mons. Dr. Jesús Manuel Jáuregui Moreno en el Municipio Jáuregui», que encabeza el Sr. Alcalde Macario Sandoval. Esta Junta gritense me ha encomendado el alto honor de hacer la presentación de esta Recopilación parcial de las Obras de Mons. Jáuregui, a cuya búsqueda he prestado mi pequeña colaboración.

### Un privilegio de Niquitao

El 28 de setiembre de 1848 nacía Jesús Manuel Jáuregui Moreno en el pueblo de Niquitao, un pedazo entrañable de la tierra trujillana (1). Fueron sus padres Don José Mateo Jáuregui y Doña Carmela de la Natividad Moreno. Gente de limpia raigambre, apegada desde siempre a ese acogedor terruño, que les trasfundió la reciedumbre de sus montañas, cristianos de honda fe religiosa, familiares y hogareños, de manos y corazón abierto a los que tocaban a su puerta.

Niquitao, en ese tiempo era un pequeño pueblo, recoleto y acogedor, neblinoso y de cortantes fríos. Adormecía sus silencios y su quietud serrana recostado a las estribaciones del Estillajú. A su vera lo arrullaban las limpias y torrentosas aguas del río Burate. Nacido allá arriba en el pico Guirigay del páramo Volcán, a casi 4.000 metros de altura, avena una retorcida cuenca y

---

(1) Esta fecha la ha fijado la investigación documental, pues antes se tenía por tal el 27 de agosto de ese año, según lo asentaba su biólogo Emilio Constantino Guerrero. "El Táchira Físico, Político e Ilustrado". Caracas, 1943. P. 264.

tras algún andar afluye al río Boconó. A ese profundo valle donde se asienta Niquitao y otros caseríos lo arropan los altos páramos de Niquitao, Castillejo, Ortíz, Providencia, Tuñame y otros, en geológica emulación de alturas.

Todo eso le da a ese rincón trujillano un carisma especial. Será la montaña o el aire, la tierra que se alza o el agua que se abaja, todo tiene allí un aireluz de sonrisa iluminada que enciende el espíritu. La vida allí está dominada por la montaña que abraza fuerte con sus brazos de piedra, les dice cosas sencillas y profundas en su lenguaje ronco de cosas pequeñas. El aire blanco de la niebla, con su olor leve de agua en polvo, destila su ritmo de tinajero en la trémula gota. Allá arriba se alarga en hilos tenues que van tejiendo cabelleras blancas, y en mínimos riachuelos saltan y corren convertidos en quebradas y ríos.

Los páramos abren sus labios reseco y partidos, profundos y cortados barrancos, deformes lomos, agudos picos. Posesiones del viento ásperas y desiertas, traspasadas de soledad. Apenas se asoman los frailejones y en las oquedades se esconde algún dícamo real, musgos y viraviras. Más abajo comienzan a florecer los romeritos, los morados y achaparrados arbustos, las moras y enredaderas.

Después aparecen los cultivos en laderas y pequeños valles, y toma su vivencia un mundo de hombres con una cadencia pétrea en la fachada y un hablar contenido de malicia montañera. Salpican el paisaje casas y siembras, enconchadas en los profundos y estrechos valles o encaramados en las cortadas mesetas y empinadas laderas. La vida de aquella gente era simple y sencilla, esencialmente campesina y labradora, de honrados proceder y fidelidad a la palabra empeñada. Pero la vida era dura y recia y se desenvolvía al ritmo de una cosecha buena y otra mala, de un precio remunerador y otro vil.

Esa paz serrana de campo y aldea, la brega fuerte del trabajo recio, el convivir hogareño de su gente, convidaba también a elevar el espíritu. La enseñanza familiar, el ejemplo de un tío sacerdote, comenzaron a modelar el alma del niño Jesús Manuel. Y un buen día se le prendió en el corazón una chispita que le hablaba de la vocación de Dios.

### **La tradición de la batalla de Niquitao**

Esa aldea grande que era Niquitao en ese tiempo, se ufanaba ante otros pueblos trujillanos de figurar en los fastos heroicos de nuestra historia. Allí en sus cercanías, en los sitios de El Potrero, El Ataque, La Vega, Tirindí, que todo se llamó por antonomasia Campo de Niquitao, el 2 de julio de 1813 se libró la gloriosa batalla de ese nombre. José Félix Ribas y Rafael Urdaneta, que venían rompiendo sombras y cadenas en la Campaña Admirable que comandaba el Libertador, derrotaban en un esforzado y duro combate a las tropas realistas comandadas por José Martí.

En esa acción guerrera la población de Niquitao encabezada procesionalmente por su Cura y seguido por toda la población, prestaron ayuda inapreciable a los patriotas para asegurar la victoria. Los viejos niquiteños, transmitían a las nuevas generaciones en sus adornados relatos, los episodios heroicos que allí tuvieron lugar. Así conoció el niño Jesús Manuel los fastos históricos de su terruño y aprendió a querer más a su patria.

### **Un vuelco decisivo en su vida infantil**

En sus inicios vocacionales, Jáuregui debió recibir gran influencia de su tío el Padre Pérez Moreno, cuya dedicación al sacerdocio y su actuación en Mucuchíes debió serle ponderada muchas veces por sus padres al niño. A la incipiente inclinación religiosa que tenía, vino a unírsele la ayuda familiar, sobre todo la materna que había intuido con gozo aquella llamita que crecía en el corazón de su hijo. Todo ello cuajaba con el llamado de su tío Cura, para que fuese a su lado a ayudarlo en sus labores e irse formando a su lado. Era Dios mismo que le preparaba los caminos, llevándolo a otros lugares para impulsar su formación.

Una madrugadora mañana de 1860 Jesús Manuel, con la llorosa bendición materna y su adiós entrecortado, se despedía de su adolescente vida niquiteña. En caravana familiar emprendía el camino montaña arriba. Desde las últimas casas del pueblo con una larga y querendona mirada despedía todo lo que dejaba atrás en su vida: casa, familia, amigos, paisaje, juegos. Una vuelta del camino le borró la visión, y la punzante nostalgia de todo lo que dejaba atrás le afloraba en la humedad de los ojos.

El camino se enroscaba montaña arriba, pasaron por Chejendé y Las Mesitas, adormiladas todavía en la brumosa mañanita, y orillaron Tuñame. Entraban en el reino del silencio y de la niebla que los envolvía en su blancura. A veces, cual fantasmas insomnes, sus andantes figuras se proyectaban en la niebla caminando delante de ellos si rompían el silencio, pues la montaña exige que se le trate con respeto. Por entre abras de cerros, barrancos y quebradas subieron hasta las cumbres para tramontar la alta sierra, en las cimas medianeras del merideño valle de Las Piedras.

### **En el nuevo paisaje de Mucuchíes**

Entraban en otros páramos y valles, que llenaron de nuevas vivencias a Jesús Manuel, y una distinta visión de la vida pareció abrirse por delante. Pero estaba siempre entre montañas, como tenía prefijado en su camino. Por

el valle de Santo Domingo arriba voltearon las altas cumbres para comenzar a descender a Mucuchíes. Entre vueltas y revueltas el camino se desenvolvía por entre prados y cañadas, o abrochado a las faldas de las laderas iba retozando pendiente abajo.

A los ojos del muchacho era un paisaje parecido al suyo que dejaba atrás, pero tenía algo diferente en sus matices, quizás un poco más ancho, quizás con un poco de más luz.. Fue un paisaje que desde el principio se acomodó suavemente en su espíritu.

Siembras en la tierra recién desnudada por los arados, vacadas mansas pa-ciendo en el praderío, ovejas triscando en las lomas cercanas, con su perro de Mucuchíes guardando el rebaño. El agua brincando retozona en los cauces rumorosos. Casas de musgosas tejas y oscuros corredores, regadas en el paisaje o a la orilla del camino, siempre con su jardinillo frontero y su contiguo huerto. El humo hogareño arrastrándose en los tejados, y adentro y afuera el ajetreo de la hacendosa vida campesina.

Allá adelante el pueblo de Mucuchíes se asomaba tras un lomaje, y a la vista le pareció más grande que su nativo Niquitao. De cuerpo estrecho, sus calles se alargaban con la pendiente o se encaramaban por los costados del cerro. Pequeños prados alrededor verdeando siembras; lomas y laderas amarillando trigos; el agua de los riachuelos despeñándose junto al camino; y un Chama al fondo de la cañada, con su clamor desvelado de espumas saltarinas. El alma se enamoraba de alturas entre tantos blancos y silencios. Había también ratos soledosos cuando el sol muriente pintaba trinitarias en las altas cumbres, mientras una niebla gris iba envolviendo el corazón de las cosas.

### **El desarrollo de su vocación religiosa**

En ese innominado día de 1860, entraba en Mucuchíes el ya espigado muchacho Jesús Manuel, y se colocaba bajo la tuición del Padre Pérez Moreno, que será su tutor y guía espiritual. En la Iglesia desempeña el oficio de monaguillo, y en la Casa Cural ayuda en las tareas del hogar.

Jáuregui se acomoda pronto a esta nueva vida, y junto a las tareas que desempeña estudia en la cercana Escuela y se sumerge afanosamente en los libros de la biblioteca de su tío. A veces la ausencia de su antigua vida hogareña en Niquitao, le ponía una nota nostálgica en los pensamientos del muchacho. Pero esas ráfagas de tristeza pronto se disiparon, porque sus padres se trasladaron también a vivir a Mucuchíes, y tuvo la dicha de volver otra vez a su vida familiar. El joven Jesús Manuel continúa con más ahínco sus estudios

y bajo la dirección de su tío sacerdote va acendrando su vocación religiosa. Así va cultivando su espíritu, adentrándose poco a poco en las ciencias humanas y en las divinas, y sobre todo fortalece y aquilata su vocación a la vida sacerdotal.

### **Sacerdote de Cristo**

Cuatro años mas tarde lo recibía en Mérida el Obispo Juan Hilario Boset, quien ya lo había conocido allá en Mucuchíes y columbrado su ferviente vocación, tanto en las Visitas Pastorales que allí realizara como en las informaciones del Cura Párroco. Inicia sus estudios en el Seminario, y con su despierta inteligencia asimila fácilmente las difíciles materias y avanza en la carrera eclesiástica.

El 27 de noviembre de 1870 recibía la Orden del Diaconado, el último paso antes de la consagración definitiva. Al año siguiente, el 27 de noviembre de 1871, después de dispensarle un año de la edad fijada por las normas canónicas, el Obispo Boset le confería el Orden del Presbiterado.

¡Sacerdote! Unido irremediamente a Cristo, que pasó por su camino e hizo calle suya su corazón, marcándolo con un sello de predilección. Lo había elegido, no sólo para El sino como señal y signo para todos, para que por su medio todos lo reconocieran y amaran. Para que entregara en sus labios la Verdad, dispensara el perdón, repartiera en sus manos la blancura de su cuerpo consagrado, y cuando la peregrinación de esta vida finalizara los ayudara a entrar a la eternidad.

Mons. Boset que había reconocido la calidad moral e intelectual del nuevo sacerdote, lo hizo su Secretario Privado por algún tiempo, y a la vez le confió la parroquia de Milla allá en Mérida. No obstante el trabajo que lo abruma del ministerio parroquial y la Secretaría del Obispo, encuentra tiempo para continuar los estudios universitarios, que va desarrollando entre afanes y tareas Secretariales.

### **Su primer encuentro con La Grita**

En 1872 el Obispo Boset llegaba en Visita Pastoral a La Grita y otras poblaciones del Estado. Llevaba de Secretario de la Visita al Padre Jáuregui, que al lado del anciano Prelado, iba adquiriendo la sabiduría honda de su experiencia.

Son sus primeros contactos con la tierra griteña, que desde entonces pareciera llamarlo con voces inaudibles, que van luego a agarrarlo para siempre. La comitiva Episcopal salida de Mérida, venía haciendo escalas en los pueblos del tránsito. En Bailadores tomaron el camino que remontaba a Delgadito y El Portachuelo, y por un abra de torrenteras y cerrajones de cerros descendieron al mínimo valle de Las Porqueras, con sus cañadas verdes y mansos arroyuelos.

A su vera una vieja casa de torcidos corredores, empedrados pisos y tejas que peinaban canas. Sitio de parar y descansar las fatigas del viajero, sentados en butaques de resobado cuero junto al cuadrado de flores de su pequeño patio, que llenaba de colores el aire de la mañana o también podían refocilarse en la humosa cocina de lustrado hollín, con arepas recién salidas del budare, sabrosas cuajadas y un aromoso café en ebullición, mientras un fuego de encogidas chamizas disipaba el frío.

Afuera era la historia menuda de todos los días. Un verde prado de mullida hierba goteado de florecitas amarillas. Un riachuelo de cristal que fluía en susurros y un árbol solitario de achaparradas ramas. La niebla llenando a retazos las esquinas del aire y perdiéndose montaña arriba. El mozo con su cerrada chamarra y la azada al hombro, rumbo al surco próximo. Las vacas con su manso rumiar alargando el paso a la querencia, y los becerros agolpados golosos en la puerta del corral. La moza de mejillas de mora arrimada a la repleta ubre, sacando espumas en la desportillada olla. Un gallo piropeador de madrugada, alegre cacarear de gallinas, ladridos de perros, gruñidos de cerdos, mugidos de vacas, las voces roncadas imponiendo orden.

Toda la hacendosa vida campesina que rodeaba el contorno mañanero de la casa. Todo eso eran escenas que Jáuregui llevaba muy adentro desde su misma infancia niquiteña, y que lo acercaban cada vez más a esa tierra montanera y a su gente que Dios le había destinado.

Allá adelante de Las Porqueras siguen los revueltos cerros, que luego van alisando sus lomajes en valles y mesetas, y surgían pequeñas aldeas y vecindarios desperdigados, que recogían a sus faldas sembradíos y cañamelares. El camino comenzaba a hacerse calle con las casitas a sus costados, y la ciudad se asomaba en Piedra Grande. Una población encaramada en la meseta de cortadas barrancas, estrecha de cuerpo y delgada de cintura, que estiraba sus pocas calles desde el Llano al Calvario. A los costados el Río Grande y el Aguadía se unen para seguir el río Grita.

El paisaje griteño aprisiona el alma de Jáuregui. Enfrente el Alto de Duque con su mosaico generoso de verdiamarillas siembras. Unas casas de Na-



cimiento Andino colgadas entre mechones de árboles. Y un caminito curvero y retozón recostado a la falda alegre de la montaña. A su lado el Alto de Tadea, con su clara Aldea de límpido mirar. Allá lejos, hacia el Norte, por donde se pierde una abertura de cerros, azulea Santo Domingo. En el costado cercano a la ciudad las lomas herbosas y amigas de Surure, Peralvillo y Las Espinozas.

Por el otro contorno un empinar de páramos, alineados en geológicas batallas: El Rosal de imposibles rosas. Sumusica de nombre musical. Los Pantanos para un destilar de agua limpia. El Verde y Las Palmas, con su escondida esperanza entre las nubes. El Batallón el hermano mayor, firme entre las altas nubes, y El Pulpito, predicando sus voces roncas a un auditorio de solemnes piedras. Son un lejano mundo de nieblas y de fríos, hecho para la soledad y el misterio de las cosas grandes. Apenas se muestran en las mañanas claras, cuando surgen radiantes sus doradas moles, o se dejan ver algunas tardes soleadas cuando un suave tono morado viste sus azules lomos. Después el abrazo de la niebla, que sube en rápidas oleadas hasta cerrar de blanco sus calvas venerables.

Entre cerros y páramos una alegre geografía de valles y mesetas. En el medio dos ríos de aguas claras y piedras blancas, que abrazan y anudan al pie del cerro. Allá arriba fueron hermanos en la nube, y aquí abajo vuelven a hermanarse en río Grita. La geografía circundante no son vegas ni sabanas ni tampoco terrazas o mesetas, son apenas suave deslizar de cerros, amoroso entregar de las cumbres. Es un paisaje sorprendido, pedacitos verdes colgados a secar entre los cerros, que llevan a vivir en un mundo irreal de postales. La magia innumerable de las luces y de las sombras envuelve a las cosas, con dulce armonía de tonos.

En este grandioso escenario la presencia humana en la tierra, que la hacía florecer el olor de las casas, el pan hogareño cocido al horno, el humo amoroso que subía de la oscura cocina. La mujer y el hombre que se apelmazaban sobre la negra tierra, el niño que cuidaba ovejas en la cercana loma, el mozo que abría surcos en el barbecho con sus bueyes. El pueblo con sus calles de silencio, sus casas que se hermanaban a la de al lado, y su gente que ansiaba nuevos horizontes(2).

Aquel primer encuentro de Jáuregui con La Grita fue quizás un vislumbre premonitorio de su futuro apostolado en esta tierra. Algo se le prendió en el corazón, que le va a retoñar once años más tarde, cuando la mano de Dios lo lleva a encender luces en esa tierra griteña.

---

(2) Lucas G. Castillo Lara. "La Grita. Una Ciudad que grita su silencio". 2ª edición. Caracas 1981.

### La muerte de Mons. Boset

La tutoría espiritual que le daba Mons. Boset, y la formación sacerdotal que completaba a su lado, terminaba bruscamente al año siguiente de 1873. Debido al conflicto religioso que impulsaba Guzmán Blanco contra la Iglesia, Mons. Boset recibía ese año su última y definitiva expulsión del territorio patrio.

Ejercía su ministerio apostólico al publicar una célebre Pastoral en la cual fijaba su posición ante el matrimonio civil, prohijado por Guzmán Blanco. El Obispo ordenaba a los Curas acatar la Ley civil, pero luego debía celebrarse el matrimonio religioso con las formalidades acostumbradas. La todopoderosa voluntad de Guzmán Blanco se sintió aludida por aquella Pastoral y expulsó al Obispo del país.

En 1848 Boset había estado contra Monagas, cuando el golpe asesino del Congreso, y por ello tuvo que ir al destierro. En esta segunda vez el Obispo estaba viejo y enfermo, pero con entereza emprendió el camino hacia Colombia. Cuando el 25 de mayo de ese año 73 venía bajando la empinada cuesta sobre Las Porqueras, trastabillaron los porteadores y cayó al precipicio. Golpeado y malherido fue conducido a la casa de Las Porqueras y allí entregaba su alma a Dios. Al otro día era inhumado en la Iglesia Matriz de La Grita, y años más tarde trasladados a Mérida sus restos.

La honda huella que había marcado Mons. Boset en el espíritu de Jáuregui, parecía reflejarse en lo que años más tarde escribía sobre él: «Este grande Obispo se distinguió, además, muy especialmente, por el amor paternal y consideraciones honrosas que dispensaba a su Clero, por cuyo buen nombre y conveniente posición social se desvivía, de manera que, cuando eran perseguidos sin razón o calumniados, hacia suyas las causas con un calor tal que imponía desde luego respeto y silencio a los adversarios. De aquí que las vocaciones eclesiásticas fueran en su tiempo tan numerosas como idolatrado era él en todo aquel Clero, con el cual contaba invariablemente y al que servía de centro fijo de acción, estableciendo así esa **omnipotencia Episcopal**, de que con tanta propiedad ha hablado un ilustre Prelado inglés: «el Obispo estrechamente unido con su Clero es omnipotente; sin la cooperación de éste, nada puede».

## CAPITULO II

### MUCUCHIES: APOSTOLADO Y ESTUDIOS

#### **Se satisface su anhelo: Párroco de Mucuchíes**

A la muerte de Boset entraba a gobernar la Diócesis Sede Vacante, un alma angelical, el Pbro. Tomás Zerpa. El Capitulo Catedralicio de Mérida al cual pertenecía, lo elegía Vicario Capitular, y en tal virtud comienza a regir ese Episcopado hasta que la Santa Sede preconizara un nuevo Prelado. Zerpa era un manso, dulce y humilde pastor, de corazón de oro, que por cerca de siete años le corresponde regir la grey merideña.

Zerpa lo hace con tino y prudencia exquisita, dando ejemplo de virtud, de santidad de vida y de costumbres, a través de una vida interior y exterior irreprochables. Así en 1880, cuando terminaba la Sede Vacante al ser electo Obispo de Mérida Mons. Román Lovera, el joven sacerdote Jáuregui que había recibido la benefactora influencia de Mons. Boset en su formación, absorbía ahora con Mons. Zerpa lecciones de modestia, entrega y sacrificio.

Vacante el Curato de Mucuchíes en ese año de 1873 y posiblemente por su solicitud, Mons. Zerpa designaba a Jáuregui Cura de esa Parroquia. Era un regalo que se le hacía, porque se le enviaba a una tierra y a una gente que amaba de corazón, y que tantos recuerdos familiares le traía. Allí había desarrollado su vocación y transcurrido sus años formativos de adolescente juventud. Pero sobre todo, aquella era su propia gente, de su misma raíz y sentir, a la cual siempre había querido evangelizar y ayudar.

Aquella era una comunidad esencialmente campesina, dedicada por vocación y esencia al cultivo generoso de la tierra. El clima era frío, con grandes nevadas en setiembre y octubre. Su producción abastecía buena parte de la región, sobre todo con el trigo del que producía unos 50.000 quintales, exportaba unos 20.000 quintales de harinas, 16.000 de cebada, 60.000 de papas, además de arvejas, arvejones, habas, moradas y blancas, ajos y cebollas, mostaza, linaza y anís. En las partes más cálidas cultivaban maíz, apio, frijoles, y abundaba el ganado de todas clases.

La parroquia tenía 12 Partidos con el de la población, con sus aldeas y caseríos, de nombres castellanos unos, e indígenas los más: Rangel, Royar, San Rafael, Barro Negro, Balza, El Carrizal, Mocao, Miticivó, Mucuchache, Micuyes y Misinta. En el pueblo había 3 tiendas, 2 bodegas, 14 pulperías, 8 molinos, 2 fraguas, 25 telares para fábricas de cobijas y lienzos, 2 carpinterías, 5 tejerías, 1 calera (3).

### Actividad Parroquial y estudios científicos

Jáuregui entrega a Mucuchíes todos sus desvelos, todo su ímpetu juvenil todo su desvelo en los diez años de intenso apostolado parroquial que allí realiza. Atiende también a Torondoy y San José de Pocó, a su cuidado. Se ocupa fundamentalmente del cuidado de las almas, de dispensarles la palabra y el sacramento de vida eterna. Pero al lado del auxilio espiritual estaba su acción material, su ayuda para aliviar la dura vida allí imperante.

Realiza obras materiales para el bienestar del pueblo, y edifica Iglesias y funda Escuelas, los dos objetivos fundamentales de su vida apostólica. Entre esas obras debe señalarse el camino de Mucuchíes a Bobures, que abría la comunicación más directa de los altos páramos merideños con ese pueblo y el lago de Maracaibo. Al lado de estas actividades tan absorbentes, Jáuregui encuentra tiempo para el cultivo de su espíritu, para satisfacer sus ansias de saber. Atesora así amplios conocimientos de Ciencias Físicas y Matemáticas, hacia donde pareciera inclinarse la lógica de su intelecto. Pero su ansia de conocimientos era polifacética, y estudia y lee Teología, Ciencias, Idiomas, Historia y Literatura, que más tarde pasarán a ser sus materias preferidas.

Esa sed inextinguible de saber acuciaba el espíritu de Jáuregui, la describe en bella prosa el Cardenal Quintero: «Con una constancia y tenacidad que asombran, se dedicó a completar y perfeccionar su formación intelectual. Estudió mucho, estudió sin tregua, como si una sed insaciable de saber le devorara las entrañas. Sin más guía ni ayuda que las de los libros y el propio pensamiento, trató de internarse audazmente por todos los caminos de los conocimientos humanos, filosofía, teología, derecho, matemáticas, ciencias naturales, historia, literatura, idiomas. Los viajeros ilustrados que, de tarde en tarde pernoctaban en este pueblo se quedaban sorprendidos al visitar al joven Párroco y hallar en su despacho una riquísima biblioteca. Y según oí referir en mi niñez, los raros vecinos que ocasionalmente atravesaban a horas avanzadas de la noche la calle vecina a este templo, notaban extrañados los rectángulos luminosos que sobre la tiniebla de la plaza proyectaban los posti-

---

(3) Manuel Moreno. Apuntes Estadísticos del Estado Mérida. Mérida MCMLXXXVII pp 125 y sig.

gos de las ventanas del escritorio del Padre Jáuregui: a la luz de una lámpara, insensible al sueño, él a esas altas horas leía, estudiaba, meditaba. Diez años continuos duró este incansable aprendizaje..... Merced a ese estudio infatigable, llegó a dominar el francés, el inglés, y el italiano y a deleitarse con la lectura de los clásicos latinos en su lengua original». (4)

### Su pasión Etnográfica y de Ciencias naturales

Esas incursiones de Jáuregui en las ramas científicas no se quedan en los libros, y lo llevaron a apasionarse por la Etnografía y Etnología, y rastreó incansable las huellas tenues de la vieja raza indígena. Encontró voces autóctonas que todavía sobrevivían en el lenguaje de algunos ancianos, y rescató piezas y pertenencias de esas parcialidades que luego donaría a Museos o que lamentablemente desaparecerían en el olvido.

El Padre Jáuregui fue uno de los pioneros en esa clase de investigación en los Andes Venezolanos, acompañado luego en esa labor por Don Tulio Febres Cordero, Julio C. Salas, José Ignacio Lares en Mérida y el Dr. José Gregorio Villafañe en el Táchira. Ello lo confirma el mismo Don Tulio Febres Cordero, cuando afirma: «Lo poco que existe en esta materia se debe principalmente a la diligencia de los patriotas e inteligentes Señores Pbro. Dr. Jesús M. Jáuregui y Don José Ignacio Lares, y a la que por nuestra parte hemos podido adquirir». (5)

En sus indagaciones y exploraciones que va haciendo por campos y veredas, páramos y quebradas, se adentra a las casas que topaba en busca de alguna reliquia viviente de los antiguos tiempos. En esos ya muy escasos viejos sobrevivientes, que se refugiaban en algún oscuro rincón, podía encontrar valiosos hallazgos lingüísticos, que luego iba catalogando y desentrañando la curiosidad científica de Jáuregui. «Fue el primero, anota Emilio Menotti Spósito, en recoger de labios de ancianos montañeses los restos del idioma nativo, perdido entre el acero de los conquistadores y la letra absurda de las pragmáticas frailunas». (6)

Junto a su curiosidad etnográfica, estaban también las Ciencias Naturales, especialmente la Mineralogía, que lo apasionaba. En ese mundo paramero que cercaba a Mucuchíes, Jáuregui explora en busca de hallazgos mineralógicos, que recoge y clasifica. Quizás por eso llega a correrse la voz de que había conseguido las preciadas esmeraldas en aquellas escondidas oquedades y al-

---

(4) Cardenal José Humberto Quintero. Figuras sacerdotales. pp. 77-78.

(5) Obras Completas. 1960. Tomo 1, p. 18

(6) «Palabras liminares», Apuntes Estadísticos del Estado Mérida. 1948. pp. II-III.

turas cordilleranas. El mismo Menotti Spósito refería que Jáuregui fue el primer naturalista venezolano que investigó los yacimientos minerales del Occidente de la República.

Sus informes y muestrarios, el fruto de su trabajo, se extraviaron en manos profanas o se perdieron por completo. (7)

Sus actividades científicas en etnografía y mineralogía lo comienzan a proyectar más allá del ámbito local. En 1877 era admitido como Socio correspondiente de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, y posteriormente era aceptado en otras Corporaciones científicas.

### **Su fugaz experiencia política**

Su múltiple labor allá en Mucuchíes no había pasado desapercibida en el campo civil. Su fama de sacerdote progresista había corrido por los pueblos, que lo distinguen con su mandato. En 1876 era elegido Diputado por el Distrito Rangel a la Legislatura Provincial de Mérida y tres años más tarde, en 1879, era elegido Diputado a la Asamblea Constituyente convocada por el Presidente Francisco Linares Alcántara, cuyo Gobierno reaccionaba contra la autocracia de Guzmán Blanco. Con esa Constituyente se perseguía, entre otras cosas, modificar el corto período presidencial de dos años, la forma de elección, y sobre todo eliminar la dictadura guzmancista. Detrás estaba, como es de suponerse, la corrección presidencial. Sorpresivamente Linares Alcántara cayó repentinamente enfermo en La Guaira y a poco moría allí. La inesperada y extraña muerte, que llegó a atribuirse a un envenenamiento, causó gran desconcierto y consternación en una parte del país, y alegría en los guzmancistas.

Se nombra Presidente Provisional a un hermano natural del fallecido presidente, y el 12 de diciembre se reunía la Asamblea Constituyente, presidida por el Arzobispo Silvestre Guevara y Lira, que había regresado del exilio. La primera medida de esta Asamblea fue dictar un Decreto eliminando los honores y estatuas concedidas a la megalomanía de Guzmán Blanco. En una sesión tormentosa, donde las barras aupaban con sus gritos, de los 32 diputados presentes, 25 aprobaron y votaron afirmativamente, entre ellos el Padre Jáuregui, y solo 7 diputados lo hicieron en contra. La reacción antiguzmancista, apoyada desde la Constituyente, se ponía en marcha al día siguiente, y la muchedumbre derrumbaba las dos estatuas de Guzmán, «Saludante» y «Manganzón», erigidas en la plazuela de San Francisco y en El Calvario. La euforia antiguzmancista se apagaba luego ante la revolución que estallaba y traía de vuelta al poder a Guzmán,

---

(7) Ob. Cit. P. II.

que de nuevo entroniza su poder omnímodo por otro largo período de tiempo, aunque ya un poco atemperado. Se ejercen represalias contra muchos de aquellos contrarios, que ahora denominan despectivamente «demoledores». De esto se escapa Jáuregui, vuelto a su refugio de Mucuchíes, que no participaba en la lucha política y se mantenía aparte de las banderías de partidos, pues su único norte era la patria y el servicio de la Iglesia.

### **Ante todo el Sacerdocio**

En el ejercicio de ambas representaciones se desenvuelve con ponderación y ecuanimidad, y allí da a conocer otra faceta de su personalidad, la oratoria. Su biógrafo lo describe: « de elocuente palabra, que vertía de sus labios amenazantes y terribles como un haz de espadas de fuego lanzadas sobre las enhiestas frentes de los despotismos y las olocracias, hora luminosa y persuasiva para proclamar los triunfos del derecho y la justicia, y para velar por los grandes intereses de la comunidad» Y al hablar de su elocuencia como orador sagrado asienta: Erguido en la Cátedra Sagrada, sus ojos eran luz; su frente, majestad; sus brazos y su cuerpo, movimiento y vida; y su voz un raudal de períodos que parecían música, de pensamientos que herían la mente, de erudición que causaba maravilla, y sobre todo, ese *quid divinum* que va al fondo del alma, la sorprende, la cautiva y la deja atada en hebras de diamantes, de la boca del orador (8).

Pero más allá de sus estudios científicos y su consagración a todas esas disciplinas, estaba el sacerdocio, su vocación fundamental, y con él su entrega generosa a los demás, sus hermanos, por amor a Cristo. El era ante todo un sacerdote, que cumplía con celo su misión apostólica. Pero la entendía como un servicio al hombre en su totalidad, en su alma y cuerpo, en sus necesidades espirituales y materiales.

Y entre esas necesidades colocaba como prioridad fundamental la educación de la juventud, a la cual dedica sus mas caros desvelos e inquietudes. Tenía un marcado sentido de lo social, que lo acicateaba y urgía a entregar a los hombres, sus hermanos, la palabra y el pan unidos en un mismo amor de vida. En Mucuchíes va tanteando esos pasos educacionales, que luego va a desarrollar a plenitud en La Grita.

### **La humilde renunciación de Mons. Zerpa**

Por una serie de circunstancias la Diócesis de Mérida se mantuvo Sede Vacante desde la muerte del Obispo Boset en 1783, gobernada por su- Vica-

---

(8) Emilio Constantino Guerrero. El Táchira Físico, Político e Ilustrado. Caracas 1943. pp. 264-268.

rio Capitular Tomás Zerpa. En 1876, después de la renuncia impuesta al Arzobispo Guevara y Lira y del arreglo del conflicto de Guzmán Blanco con la Iglesia, la Santa Sede proveyó a la Arquidiócesis de Caracas con el Arzobispo José Antonio Ponte. Para la Diócesis de Mérida el Congreso elegía al Pbro. Tomás Zerpa, Vicario Capitular, a quien no se le había consultado su opinión.

Al saber Zerpa, como el Congreso había terminado sus sesiones, se dirigió al Presidente de la República excusándose de aceptar. El Presidente le contestó, que hecha la presentación a la Santa Sede, como la había hecho, era al Papa a quien tocaba conocer y determinar sobre la renuncia. Mientras cumplía ese paso en el Vaticano y para no aparecer desafecto al Gobierno, prestó el juramento que prescribían las leyes.

Sus protestas no fueron oídas, y en el Consistorio del 29 de setiembre era preconizado Obispo de Mérida y se le mandaron a expedir las Bulas. El Delegado Apostólico Mons. Roque Cocchia le hacía luego la participación correspondiente y le pedía se trasladara a Caracas para su consagración, pues no se había aceptado su renuncia. Zerpa lleno de humildad pero firme en su propósito, contestaba al Delegado Apostólico: «Siempre he abrigado la esperanza de que la Santa Sede y su digno Delegado oirán mis súplicas: que cuando se ve a una persona, siempre condescendiente hasta el extremo, oponer en caso dado constante resistencia, debe suponerse que a ello le mueven causales muy poderosas. La presentación a Su Santidad no ha debido hacerse antes de obtener la aquiescencia del candidato. Y no sólo no se obtuvo tal aquiescencia sino que tampoco se ha formado el Proceso Canónico, por falta del cual no se han impuesto los Excmos. Srs. Cardenales del Consistorio. Ni siquiera soy hijo de legítimo matrimonio..... Si yo sobresaliese en letras o en virtudes, si descendiera de ilustre familia, si me adornara alguna prenda personal que con su brillo ofuscara aquel defecto, yo mismo ocurriría a la Silla Apostólica pidiendo la dispensa necesaria. Pero carezco de todo esto; y la Mitra en mis oscuras sienes va a perder prestigio y a caer en el menosprecio de los pueblos» (9).

En carta al Canónigo de la Catedral de Caracas Pbro. Dr. Manuel A. Briceño, al agradecerle la felicitación que le enviaba, le decía: «Cada uno sabe poco más o menos para lo que puede servir y para lo que nunca puede servir. Yo puedo ser muy aparente para rezar Novenas, administrar algunos de los Sacramentos y hasta servir de Racionero, como lo estoy haciendo en esta Catedral. ¡Pero Obispo! ... En tal caso prefiero irme de Venezuela. No, yo no empañaré el brillo de la Mitra que ilustraron hombres como Lazo, Unda, Boset. La prolongación de la vacante es un mal menor» (10).

(9) Archivo Secreto Vaticano. Nunzitura en Venezuela. Fasc. 1, ff 230 y vto.

(10) Ibidem, ff. 228-229 vto.



Con dolidas frases de sincera modestia declina una y otra vez el honor que se le hacía. Por diversas causas los oídos Vaticanos y los del Gobierno se volvieron sordos a sus súplicas, y con insistencia mantenían la elección. El Ministro del Interior le enviaba las Bulas de su nombramiento por intermedio del Presidente del Estado y en su nota le reiteraba la voluntad del Gobierno.

En su contestación Zerpa le decía: «Mi resolución de no aceptar el Obispado es invariable, como hija de la profunda convicción que siempre he tenido de que el hombre que no se cree capaz de desempeñar un destino, cualquiera que él sea, debe apartarse a un lado renunciándolo, si no quiere exponerse a cometer yerros y causar males que no se pueden deshacer. Yo no llevaría al Gobierno de la Diócesis sino la irresolución, timidez e indecisión, que acompañan siempre los actos de todo hombre que es inferior a su posición. Al Gobierno toca ahora abreviar los términos de los males que tan prolongada vacante está ocasionando a la Diócesis, interponiendo sus respetos para con la Silla Apostólica, a fin de que se digne admitir la renuncia que he elevado a su Santidad, para que el Congreso de 1878 pueda ocuparse de hacer una nueva y acertada elección del Obispo de Mérida». (11)

### **El nuevo Obispo de Mérida, Mons. Román Lovera**

En mayo del siguiente año 78, oyendo las súplicas de Zerpa y en vista de su empecinada negativa, el Congreso elegía Obispo de Mérida al Pbro. Luis María Luzardo. Pero la Santa Sede no cedió en su propósito inicial de mantener a Zerpa y no tomó en cuenta al nuevo candidato. Sin embargo, ante la terca voluntad de Zerpa, el Cardenal Secretario de Estado autorizó al Delegado Apostólico para que en caso necesario aceptase la renuncia de Zerpa. De acuerdo con el Gobierno se había escogido candidato al Pbro. Román Lovera. Elegido por el Congreso y presentado a la Santa Sede, fue preconizado por el Papa y consagrado Obispo en 1880.

Fue honda la impronta de Zerpa sobre Jáuregui que admiró sus virtudes, su modestia, su prudencia, su humildad. Esa huella que marcó se refleja en la devoción que le profesaba, y sobre todo cuando allá en el exilio romano introduce la Causa de Beatificación de Tomás Zerpa. La Causa duerme el sueño de los Justos en la Congregación de los Santos, esperando que otra mano caritativa la ponga en actividad.

Al posesionarse de su Diócesis en enero de 1881, Mons. Lovera dedicó sus primeros tiempos a interiorizarse en el conocimiento de su clero, base

---

(11) Archivo secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela.

fundamental de su Iglesia. Jáuregui fue uno de los sacerdotes que le causó muy buena impresión, por su inteligencia, su ilustración, sus virtudes y dinamismo apostólico. Los informes que recibió sobre él fueron excelentes y su actuación en la parroquia de Mucuchíes recibió los mayores elogios.

### **Jáuregui defiende a su Prelado**

El nuevo Prelado aspiraba a implantar en su Diócesis nuevas directrices, modificar costumbres desviadas, suprimir abusos y restablecer la disciplina de sus sacerdotes, algo quebrantada por la ausencia de su propio Pastor. Una de esas medidas que adopta el Obispo Lovera en enero de 1882, en una Carta Pastoral, fue prohibir las procesiones de Semana Santa, excepto el Viernes Santo durante el día. Con ello pretendía cortar los grandes abusos y faltas contra la moral que se cometían al amparo de las procesiones prolongadas hasta altas horas de la noche. La medida, según informaba el Obispo Lovera al Delegado Apostólico, causó malestar en algunos sacerdotes de Mérida, y se dijo que él no había consultado al Cabildo, y que esa medida era hereje e iconoclasta. Apareció un folleto firmado por el Dr. Juan Monsant y como lo encontró lleno de errores y falsas doctrinas y depresivo de la autoridad episcopal, lo condenó en una Pastoral. Convocó al Clero de la capital merideña, que se reunió en la Sacristía de la Catedral, y allí hubo sacerdotes defensores de Monsant y se armó un escándalo con otras personas seglares que invadieron el recinto. El impuso su autoridad, pero había un pequeño grupo de sacerdotes rebeldes, y entre ellos, los del Cabildo, que le hacía oposición.

La gran mayoría de los Curas acataron las órdenes del Obispo, y varios de ellos lo defendieron por la prensa. Uno de estos defensores fue el Padre Jáuregui, que desde el principio se colocó al lado de su Obispo, y desde el púlpito y en una publicación defendió calurosamente a su Prelado. Sobre esto refería Mons. Lovera al Delegado Apostólico: «Por lo demás, hemos tenido el consuelo de vernos apoyados por todo el clero de la diócesis, con Excepción de los cuatro citados, y el folleto de Monsant ha sido combatido por la prensa del país y refutado por algunos sacerdotes de nuestra jurisdicción. Acompañamos a S.E, la refutación publicada con fecha 16 de mayo por el Señor Pbro. Jesús M. Jáuregui, que nos parece completa en su género, y que pone de relieve los sofismas de aquel escrito y las malas doctrinas que contiene. (12).

---

(12) Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fas. 4, ff. 67-70.

### CAPITULO III

#### LA GRITA, SU GRAN SIEMBRA

##### **Siempre en la montaña**

En ese año 1883 el ejercicio ministerial de Jáuregui tocaba a su fin. La Vicaría de La Grita estaba vacante y el Obispo Lovera se fija en Jáuregui para llenar ese importante puesto. Obedece al momento la orden episcopal, no obstante que le dolía dejar a su amado Mucuchíes al que había entregado sus más caros afectos. Allí había recogido su primera cosecha sacerdotal, y allí estaban sembrados los huesos de sus padres en espera de una resurrección de eternidad. Pero la obediencia es lo primero en un sacerdote, y sin una palabra más Jáuregui va a su nuevo destino, que acoge gozosamente,

La Grita es el dedo de Dios que le traza su parábola vital y lo lleva al escenario donde plasmará su mejor y más imperecedera obra. El escenario es siempre la montaña - Niquitao, Mucuchíes, Mérida, La Grita - una geografía viva y palpitante, que traficaba con sus propios pasos y dimensionaba con la mirada querendona. La montaña estaba siempre presente, con su imponente presencia que dominaba vidas y seres hasta conformarlos a su molde.

Jáuregui encarnó a cabalidad lo mejor del espíritu del hombre de la montaña. Como expresaba en una de mis obras sobre el Táchira, se trata de una forma de vivir y de pensar, de sentir y de amar en la callada profundidad de una voluntad tenaz y creadora. Es vivir lo que se cree y amar lo que se vive. Es una amalgama de lo telúrico con las apretadas banderas de la sangre y del sueño, que le dan sentido y vivencia a la realidad de una entrañable querencia. Es una siembra fecunda de recios pulsos bramadores, que retoñan desbordantes en domeñados paisajes de montaña y nube, de laderas y cañadas, de valles que se encogen y llanos que se anchan.

Es un entrecruzar de nudos familiares, de costumbres y tradiciones, donde lo solariego adquiere primacía. Es un patrimonio espiritual, con su psicología, su cultura, su música, sus modismos propios y su folklore peculiar. Es la identidad del hombre de la montaña que se sabe uno y mismo con su tierra

y con su gente. Es el tejido de vidas que se van tramando sobre el cañamazo de una historia vivida en el esfuerzo del trabajo diario y de una historia sentida en el fabular de sus mitos. Es una fe religiosa que, quiérase o no, preside todo y anima todo desde el nacimiento a la muerte y desde la vida que viene a la vida que se va... Es todo eso y mucho más, que está por dentro y por encima de lo que se dice o se calla» (13).

### **Amor con amor se paga**

Jaureguí ya conocía la griteña tierra y se le había enhebrado en el espíritu la magia de su paisaje. En aquella «meseta navegadora de altura» anclará su vida. Ahora se le va a incrustar, con entrañas de caridad, el corazón de aquella gente. Y esa gente le corresponderá con una entrega generosa, porque amor con amor se paga.

Cuando Monseñor Jáuregui llega a La Grita, venía precedido de su bien ganada fama, la cual acrecienta en sus años griteños. El Cardenal Quintero rubrica ese concepto al afirmar: «Cuando salió de ese pueblo (Mucuchíes) para ocupar el puesto de Vicario Foráneo de La Grita, era ya, por la amplitud y profundidad de sus conocimientos, un verdadero sabio» (14).

Su primera obra en La Grita es la fundación del Colegio Sagrado Corazón de Jesús, que realiza a pocos meses de encargarse del Curato. No la concibe como una, simple Escuela, sino como un Instituto de Enseñanza Superior, donde se veía Gramática Castellana, Filosofía Retórica y Poética, Matemáticas, Ciencias Naturales, Latín y Griego, Idiomas modernos e Historia. En suma, lo que constituía el acervo cultural de un Bachillerato Superior. E incluso llega a tener visos universitarios, como se puede ver en una solicitud del señor Ramón Vera G., para ser examinado por el Claustro de ese Instituto, a fin de optar al grado de Doctor en Ciencias Naturales (15).

El Colegio tuvo un germen en el Centro Literario, creado por el Dr. Francisco Antonio Guerrero en 1882, con algunos antiguos alumnos suyos. Jáuregui tomó en sus manos aquel pequeño núcleo, y con él, un buen día de principios de enero de 1884, dio inicio a su Colegio. El grupo de profesores comenzó con los dichos Dr. Guerrero, Dr. Ramón Vera, Fernando Mora, y el mismo Padre Jáuregui.

El Colegio funcionaba en una casa alquilada, que a poco resultó incómoda, y se mudó a una casa propiedad de la Iglesia, que con tal motivo había

---

(13) Lucas G. Castillo Lara. Michelena y José Amando Pérez. Caracas, 1982, p. 9.

(14) Figuras Sacerdotales. Caracas 1976. pp. 77-78.

(15) Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. No. 2, p. 57.

comprado Jáuregui a David Mansilla por Bs. 8.000, el cual a su vez la hubo del Pbro. Santiago Sánchez. La llamaban la Casa de las Animas, porque en un tiempo perteneció a la Cofradía de ese nombre. Era una casa amplia que daba frente a la Plaza de los Angeles y calle Bolívar. Tenía derecho a agua limpia, de la que pasaba por terrenos de Ulpiano Chaves y Esteban Dulcey. Según la escritura de venta, las paredes de tapia del fondo lindaban con terrenos de Juan Luis Pérez, Desiderio Sánchez y los Pernía; por el costado derecho limitaba con terrenos del vendedor y de los herederos de Nepomuceno Moreno; y por el costado izquierdo con casa de Esteban Dulcey. (16)

Extinguidos en Venezuela los Seminarios por el Decreto Guzmancista de 1872, surge en la mente de Mons. Jáuregui el propósito de que aquel Colegio sirviese también en la misión formadora de sacerdotes. Ese pensamiento de Mons. Jáuregui lo llevó a conocimiento del Obispo Román Lovera, quien se reservó estudiar el asunto y dar una determinación en la Visita que haría a La Grita. En diciembre de ese año 84 realiza esa Visita Pastoral y encuentra que el recién fundado Colegio estaba marchando a la perfección. El Prelado decreta entonces, que el referido Instituto se considerase con el carácter de Seminario y pudiese haber allí un Oratorio donde oyeran misa los alumnos y empleados.

### **La inspiración Salesiana de Don Bosco**

El Colegio vino a tomar forma definitivamente con motivo de un viaje que Jáuregui hiciera a Roma en 1885, acompañando a su Obispo Mons. Lovera en su Visita Ad Limina al Papa. Allí en Italia pudo ampliar las noticias que le habían llegado sobre la magnífica obra que realizaba Don Bosco y su Sociedad Salesiana en pro de la Juventud, principalmente de la pobre y abandonada.

Jáuregui se dirigió entonces a Turín, habló con Don Bosco y con su segundo Don Rua, observó el Sistema Preventivo aplicado en el Oratorio de San Francisco de Sales, consiguió los Reglamentos Salesianos. Se inscribió como Cooperador Salesiano, habló de la posibilidad de la venida de los Salesianos a La Grita, y después de recibir la bendición del Santo, que lo animó en sus proyectos educacionales, regresó a Roma.

La llama Salesiana se le había prendido al Padre Jáuregui; inspirado en la obra de Don Bosco trató de amoldar su Colegio del Sagrado Corazón a los métodos Salesianos. Esta inspiración Salesiana en la obra Jaureguiana, la rela-

---

(16) Archivo Arquidiocesano de Mérida. Curatos 11.206.

taba él mismo al Delegado Apostólico en carta de mayo de 1891: «Me consagré de nuevo a mi Curato y a la dirección del Seminario del Sagrado Corazón de Jesús que he fundado en esta ciudad desde 1883, y que la Divina Providencia sostiene y bendice todos los días, como lo demuestra el desarrollo y general aprobación que va alcanzando» «Seminario que fundé para el solo servicio del Señor, y que Su Santidad León XIII no solamente aprobó, sino que me dijo de sus mismos labios en presencia de mi Obispo, en junio de 1885, estas palabras: “Conságrate a la enseñanza de la juventud, pues los impíos tratan con todas sus fuerzas de apoderarse de ella y perderla. Toca a nosotros liberarla de ser arrastrada por esa corriente de la impiedad”. Palabras que para mí suenan todos los días como una orden, y en consecuencia de las cuales fui a Turín, me inscribí entre los Salesianos, y amoldé en cuanto pude mi Seminario al modelo de los de aquellos célebres institutores» (17). A su regreso a La Grita, Jáuregui trata de amoldar en lo posible los métodos Salesianos a su Colegio del Sagrado Corazón.

### La organización del Colegio del Sagrado Corazón

Una lista de los empleados del Colegio en enero de 1886, puede darnos una idea de su organización, materias y métodos de estudio. Los profesores eran: Filosofía Intelectual, Dr. Francisco A. Guerrero; Matemáticas, Dr. Francisco Valenzuela; el Vicerrector, Sr. Ramón Vera; Canto y Música, el mismo Vicerrector; Gramática Castellana, Retórica y Poética, Dr. Francisco A. Guerrero; Menores, Pbro. Melquíades Rosales; Liturgia, Pbro. José de Jesús Villalobos; Francés, Latín e Historia, el Rector Mons. Jáuregui; Aritmética, Minorista Antonio R. González; y Mínimos, Emilio C. Guerrero.

Entre los mismos estudiantes se hacían después los nombramientos de los responsables de la disciplina. Un método interesante y novedoso, que ponía a cargo de los mismos alumnos la responsabilidad del orden y la atención de pequeños grupos de estudiantes. Era Presidente de la Comunidad, el Minorista Antonio R. González Bedel, Miguel M. Escalante Sochantre, Pedro M. Parra; Capillero, Cosme Damián Mora; Maestro de Sala, José Reina, y a su cargo estaban: Rafael Mora, Enrique Sambrano, Heriberto Romero, Jesús Manuel Moreno, y Calixto Escalante. Al cuidado de Ovidio Olivieri estaban: Azarías Varela, Esteban Sánchez, Antonio Costa y Pedro María Arellano. Bajo la dirección de Juan de Jesús Rosales se situaban Cosme Damián Mora, y Francisco Higuera. Ramón Jáuregui tenía bajo su responsabilidad a Benjamín Corti y los demás alumnos de esa pieza. Y Rafael Espinoza cuidaba de

---

(17) Carta de J. M. Jáuregui al Delegado Apostólico Mons. Julio Tonti. La Grita, mayo 26 de 1891. Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fasc. 8, ff. 30 vto. Y 31.

Melecio García, Manuel Cárdenas y Víctor Manuel Ramírez. Seguían después otros nombramientos que hacía el Presidente de la Comunidad, a saber: Semaneros para la Oración, Lectores, Repartidores, Porteros, Ministros de las Misas, y Corista (18).

Entre los Profesores del Colegio Sagrado Corazón citados anteriormente, estaba el Vicerrector Ramón Vera G., de quien Mons. Jáuregui se expresa en términos muy elogiosos, en una Certificación que le expide el 2 de diciembre de 1886: «El Señor Ramón Vera G., ha desempeñado el cargo de Vice Rector del Seminario del Sagrado Corazón de Jesús de esta ciudad durante tres años, a satisfacción del Ilmo. Señor Obispo de esta Diócesis Doctor Román Lovera y del infrascrito Director, que ha cooperado, además, decidida y eficazmente a la instalación de dicho plantel, que fue en su origen Colegio particular y luego elevado a la categoría de Seminario por el Ilmo. Señor Obispo Diocesano, confirmado por nuestro Santísimo Padre León XIII, y reconocido finalmente como Colegio Superior de 2a. Categoría” (19).

### La correspondencia con Don Bosco

Las relaciones de Jáuregui con los Salesianos no terminaron con su visita a Don Bosco en Turín, en junio de 1885, sino que continúan en esos siguientes años en forma epistolar, siempre tras la búsqueda de ellos para La Grita. En la referida visita de Jáuregui a Don Bosco le hizo la propuesta de enviar Salesianos a la Grita y entregarles a su cuidado el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. A nombre de su Prelado le habló también de misioneros para la región de los llanos de Barinas, pertenecientes en ese entonces a la Diócesis de Mérida. Don Bosco le alentó en esa ocasión en sus generosos proyectos, y le dio esperanzas para el futuro.

Ya de regreso a su tierra e inteligenciado con su Obispo, al año siguiente de 1886 le hacía una propuesta en forma a Don Bosco, para traer a sus Salesianos a Venezuela, la mitad para La Grita y los otros para las Misiones que el Obispo pensaba fundar en Barinas. Desde Turín le contestaba el 11 de mayo de ese año 86 el Secretario de la Sociedad Salesiana, Padre Angelo Lago S., en la cual se refería al proyecto presentado, y le advertía que ellos no podían hacer fundación con menos de seis Salesianos.

De nuevo Jáuregui le escribía a Don Bosco desde La Grita, a 3 de agosto de 1886, cuyos textos transcribimos: «M. R. P. Don Juan Bosco. Superior General de la Congregación de Salesianos de Turín. Mui amado Padre Don

---

(18) Archivo Arquidiocesano de Mérida. Curatos. Legajo 11.059.

(19) Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, No. 2, p. 57.

Bosco: Puse en conocimiento de mi Prelado el Ilmo. Sr. Obispo Dr. Román Lovera, el contenido de la nota que con fecha 11 de mayo de este año me dirigió el R. P. Angel Lago S., Secretario de esa Pía Sociedad, y por la cual me dice no poder fundarse una Casa de Salesianos sin ser por lo menos 6 los fundadores. Nuestro Ilmo. Prelado ha emprendido en estos días un viaje a la Capital de la República, para obtener el permiso correspondiente del Gobierno y poder traer los Misioneros. Para ello cuenta en los llanos de Barinas que demoran al Occidente del país, con un terreno que le donaron para fundar el establecimiento, y como 1.500 m<sup>2</sup> para ir construyendo el edificio, además, de las ofertas y cooperación subsiguientes, pues el pensamiento ha sido acogido con entusiasmo general. «Aquellos territorios son llanuras inmensas muy parecidas a las pampas de Buenos Aires, así en sus pastos como en lo demás: las riegan varios ríos, y son un poco malsanas cuando decrecen las aguas que han hecho inundaciones: hay muchos pobladores: el carácter de los pueblos de esas llanuras se presta ventajosamente para hacer prodigios de fervor: todos son Católicos, pero como carecemos de Clero, están hace muchos años servidos por uno que otro Cura, y varios pueblos solos sin que haya quien pueda visitarlos.»

«Mi Prelado desea saber si viniendo los 6 Misioneros podrían dividirse aquí en dos secciones, una para el Llano del cual acabo de hablar, para fundar un Colegio de Misiones en Libertad (población muy importante), y la otra para la cordillera, situándose en esta ciudad de La Grita donde ya existe un Colegio. Dígnese pues contestarme para ver lo que deba seguirse en consecuencia.

«En los meses de Marzo y Abril para acá, ha habido en este país una introducción de misioneros protestantes agentes de las compañías bíblicas, que tratan de sembrar la cizaña en esta pobre Venezuela. No es en balde que clamamos de V. R. para que nos ayude.

Su affmo. servidor e hijo en Jesús Cristo.

(Firmado) J. Manuel Jáuregui

Cura y Vicario de La Grita» (20)

Don Bosco respondía luego a Jáuregui, ofreciéndole los misioneros solicitados para dentro de cuatro años. Nueva carta de Jáuregui a Don Bosco en mayo de 1887 y contestación del Santo a fines de ese mismo año, ratificándole la posibilidad de enviar los misioneros en el plazo ofrecido. En enero de ese siguiente año moría Don Bosco, y el proyecto de Salesianos para La Grita

---

(20) Archivo de la Orden Salesiana en su Casa Generalicia en Roma.



y Barinas se paraliza. Los Salesianos comenzaron a recoger la correspondencia de Don Bosco regada por todo el mundo, y a pedir a sus destinatarios las cartas del fundador para completar su archivo.

Jáuregui escribía al Superior Mayor de los Salesianos, Don Rua, a setiembre 12 de 1891, enviándole «una de las cartas que de mi amado Padre Don Bosco conservo, rogando su devolución, pues para mí es una reliquia. Otra tengo pero firmada por el Secretario, y otra que recibí contestando a la propuesta que por mi órgano le hizo el Ilmo. Sr. Obispo de Mérida, mi Prelado, exigiéndole seis Salesianos para que se fundaran en La Grita y en los llanos, y en la cual ofrece los Misioneros para dentro de 4 años (y este es el 4o), se la envié a mi Prelado como era mi deber».

Jáuregui aprovechaba para insistir en la promesa que le había hecho Don Bosco en 1887, de enviar Salesianos a La Grita y Barinas en el término de cuatro años. «Dígnese Vuestra Reverencia, decía, revisar el copiadore de cartas de Don Bosco de esa fecha, pues siendo éste el 4o año, término del plazo, pienso con la ayuda de Dios y María Santísima, contando con el beneplácito de mi Prelado, ir a recoger esa palabra venerada y traer 4 Misioneros para que funden una bella Misión en esta ciudad de La Grita, encargándose del Curato, que tiene 3 Iglesias urbanas y 4 rurales y **un Colegio fundado según los estatutos Salesianos que recibí en Turín de manos de Don Bosco cuando me inscribí Cooperador Salesiano en Junio de 1885, y cuyo Colegio tiene hoy cerca de 200 alumnos. Y Uds., por piedad, por caridad y por amor a Dios y a Don Bosco, y por el bien de las almas, no habrán de rehusar este nuevo servicio al Señor, pues ya hace cuatro años que se les espera. Espero su contestación para ponerme en marcha, llevando los poderes de mi Obispo, y los fondos para los gastos del viaje» (21).**

Aquella insistente solicitud del Padre Jáuregui para llevar a los Salesianos a La Grita y entregarles su Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, no pudo nunca tener lugar. La acogedora ciudad griteña, a pesar de los desvelos de Jáuregui, no pudo encender en sus candeleros la llama Salesiana, que años después fue a aposentarse en Táriba. Pero la luz que allí encendiera Jáuregui, tenía la luminosidad de métodos y espíritu que éste aprendiera de Don Bosco.

---

(21) *Ibidem*.

## CAPITULO IV

### SU MAGNA OBRA: EL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZON

#### El Edificio del Colegio

La casa donde funcionaba el Colegio se hizo pequeña para el crecido número de alumnos que llegaban de todas partes. Mons. Jáuregui proyecta entonces construir un edificio cónsono con la importancia que había adquirido el Colegio, y que pudiese acoger cómodamente al numeroso alumnado que lo llenaba. Con su dinamismo acostumbrado puso en marcha su idea y obtuvo diversas ayudas, entre ellas del Concejo Municipal de La Grita.

En su Decreto del 28 de febrero de 1888 decía el Concejo en forma elogiosa: que en la ciudad existía un Colegio particular de Instrucción Secundaria, sostenido por el Vicario, Pbro. Dr. Jesús Manuel Jáuregui, con verdaderos y positivos adelantos de la juventud. El local donde funcionaba era insuficiente para el crecido número de alumnos que lo llenaba. Y era un deber de la Corporación Municipal «ayudar y fomentar por todos los medios posibles la propagación de las luces en todos los ramos del saber humano». En consecuencia disponía entregar al Sr. Cura y Vicario la suma de 3.040 Bs. para la compra de un solar, con el fin de que hiciera allí las construcciones para el ensanche del establecimiento. Firmaban: el Presidente, Francisco Croce, y el Secretario Francisco Guerrero (22).

Adquirido el terreno, con toda celeridad se dio comienzo a la obra y dos años después, el 13 de junio de 1890, se inauguraba el nuevo plantel. Desde entonces, haciendo esquina frente a la plaza de Santa María de los Angeles, donde estuviera el antiguo Convento Franciscano, se yerguen los altos muros claveteados de ventanas que albergaran al Colegio de Mons. Jáuregui.

#### Plan de estudios y disciplina del Colegio

En el Prospecto del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de La Grita, fechado a 1 de agosto de ese año 90, se daba a conocer el plan de estudios,

---

(22) Mons. Raúl Méndez Moncada. «Mons. Jesús Manuel Jáuregui Moreno. Boletín del Centro de Historia del Estado Táchira. No 28, pp. 58-59.

materias, disciplina, admisión y finalidades de la institución. Es interesante ver con detalle algunos de esos puntos, para darnos una mejor idea de la calidad de la educación que allí se impartía.

El plantel, decía, contaba ya siete años de existencia y se hallaba favorecido por los padres de familia de varios puntos de los Andes, que habían tenido a bien confiarle la educación de sus hijos. Para corresponder cada vez mejor a esa confianza de los padres de familia y abrir más extenso campo a la instrucción de los jóvenes, la Junta Directiva del Colegio venía realizando importantes adelantos, así en las condiciones de vida como en la enseñanza que daba a los alumnos.

«En primer lugar ha construido un extenso y sólido edificio de dos pisos, con espaciosos salones para actos académicos, dormitorios y piezas áulicas: un magnífico Oratorio donde se celebra diariamente la Santa Misa para los alumnos, proporcionados y decentes reclinatorios para asistir a los oficios religiosos. Ha provisto además el establecimiento de todos los útiles necesarios para los estudios de Geografía y Cosmografía, y se propone en el presente año proveerlo de los aparatos indispensables para los estudios de Física. Ha ensanchado, por último, la enseñanza y para el próximo Setiembre abrirá cursos privados de Ciencias Eclesiásticas, Civiles y de Farmacia, para lo cual cuenta con profesores competentes.

«El plan de estudios está amoldado sobre las leyes de Instrucción Popular de la República. El Ilmo. Señor Obispo Diocesano ha concedido al plantel los privilegios de Seminario, y en él se educan jóvenes que se dedican especialmente a la carrera eclesiástica, habiéndose ya conseguido como fruto la formación de varios virtuosos e ilustrados sacerdotes. El Gobierno de la República ha autorizado los Estudios Filosóficos, y de él están saliendo jóvenes muy bien aprovechados en estas Ciencias, en los cuales han obtenido los grados de Bachilleres y Agrimensores.

«El espíritu de este establecimiento es esencialmente religioso; pero como nuestra Adorable Religión Católica es tan santa como ilustrada, ella al mismo tiempo que nutre los corazones con la divina leche de su doctrina, difunde también con amor maternal luz a las inteligencias y forma hombres para todas las carreras y profesiones honestas.

«Las materias que se enseñaban eran, las siguientes: Idiomas: Latino, Griego, Francés, Inglés e Italiano. Gramática Castellana (Curso completo), Métrica y Retórica, Religión e Historia Sagrada, Aritmética elemental y superior, Contabilidad mercantil, Filosofía intelectual, Matemáticas (Curso completo: Aritmética razonada, Álgebra, Geometría, Trigonometría y Topografía, Física, Cosmografía, Cronología y todo lo concerniente a los estudios de Geografía. Historia Universal, Música y teclado, Ciencias Eclesiásticas,

Civiles, Farmacia, Higiene, Urbanidad (clase obligatoria para todos los colegiales sin excepción: se da el jueves de cada semana), y como la escritura forma parte siempre de una buena educación se ha abierto también una clase de Caligrafía para que los jóvenes mejoren la forma de su letra, Taquigrafía, Canto Coral.

«Se admitían alumnos internos y externos. Los internos debían traer catre de cuero o tabla con su vestido correspondiente de esteras, sábanas, almohadas, un baúl, mesita y una silla de suela o baqueta marcada, paños, aguamanil, vaso y servicio de mesa constante de dos platos, cuchara, tenedor, cuchillo y jarra o taza.

«El uniforme de todos los colegiales internos y externos, que no vistan hábito clerical, es indispensablemente negro, calificándose cada clase por un distintivo especial, a saber: los principiantes llevan banda blanca, los latinos (clase elemental) la llevan verde; los que cursan sintaxis latina y primer año de Griego, azul; los que estudian clásicos latinos y segundo año de Griego, rosada; los de Filosofía tricolor, y los que cursan además Historia Universal, agregarán a su banda respectiva una lista violada. Los clérigos llevan también la banda respectiva según las clases a que pertenezcan.

«Los internos pagarían 18 pesos mensuales, y los externos abonarían 10 Bs. mensuales por cada clase elemental, y el doble por las superiores. Todos estaban sometidos al Reglamento del Colegio, cuya lectura se hacía en comunidad cada tres meses. El año escolar principiaba el 15 de setiembre y terminaba el último de julio. Durante el año escolar no había vacaciones por ningún respecto. Se prevenía a los padres de familia o encargados de los niños, a no exigir licencia para ellos sino en caso de extrema necesidad. El Colegio corría con la asistencia médica, mas no con gastos de enfermedad de los alumnos, por lo tanto debía señalarse una persona a cuya casa pudiese trasladarse al joven que tuviese que guardar cama por más de tres días, y en la cual sería visitado por el médico del Colegio. (23)

### **La gran trascendencia de esa obra educacional**

La obra educacional que realiza Mons. Jáuregui con su Colegio del Sagrado Corazón, fue de una trascendencia extraordinaria para los Andes y todo el Occidente del país. De allí salieron muchos profesionales, políticos, literatos, artistas, escritores, militares, diplomáticos, de muy alta calidad. Pero sobre todo, abrió los caminos de renovación intelectual a las comunidades andinas, en las cuales creó conciencia de su propio valer.

---

(23) Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fasc. 16, f. 5.

Apenas unos cuantos nombres para señalar esa admirable cosecha, que fructificó en más de 1.500 jóvenes que transitaron por ese Colegio: Emilio Constantino Guerrero, Diógenes Escalante, Pedro María Parra, Vicente Epifanio Mora, Antonio Rómulo Costa, Rubén González, Miguel María Escalante, Gerónimo Maldonado, José María García, Régulo Olivares, Rafael María Velasco, Abigaíl Colmenares, Román Delgado Chalbaud, Félix María Galavís, Eleazar López Contreras, etc. etc.. Y junto a esos personajes renombrados de primera línea, todos aquellos menos destacados, más anónimos, pero que fueron en sus comunidades, pequeñas o grandes, luz que difundió la enseñanza y educación recibidas.

Y si del campo laical pasamos al sacerdotal, con aquel Seminario hibridizado con el Colegio seglar, difícil de concebir en teoría pero que fue una esplendente realidad en la práctica. En esa institución Jaureguina y Griteña que abarcaba a jóvenes estudiantes laicos y clérigos, reunidos en una misma comunidad formativa, Jáuregui obtuvo un rotundo éxito para la Iglesia. En un país que por imposición de Guzmán Blanco se habían prohibido los Seminarios, del Colegio del Sagrado Corazón Jáuregui logra obtener 54 hombres consagrados a Dios.

«Hombres de gran celo, disciplina, espíritu de servicio e interés por las feligresías confiadas a su cuidado. Entre ellos un Arzobispo eximio, Mons. Acacio Chacón. Todavía en esta región de los Andes se recuerda con cariño y gratitud a aquellos grandes párrocos que fueron: Pedro María Morales en Lobatera; Ramón Mora en Seboruco; Ignacio Moncada en Queniquea; Lucio Becerra en Michelena; Bernabé Vivas en Santa Ana; Maximiliano Escalante en esta ciudad; Primitivo Galavís y Pablo Maldonado en San Cristóbal; José del Carmen Reina en San Antonio; Juan de la Rosa Zambrano en El Cobre; Escolástico Duque, Apolinar Granados, Adonai Noguera, Ramón Angulo, Amable Escalante en distintas parroquias de Mérida, y tantos otros que se escapan de la memoria y que fueron grandes guías espirituales y verdaderas instituciones en los medios donde les tocó actuar. Podría decir sin temor a equivocarme, que si la fe se conservó robusta y vigorosa en los pliegues de estas cordilleras andinas, si la Iglesia pudo continuar desarrollando su gran misión espiritual y, mantuvo su condición rectora en estos pueblos, a Mons. Jáuregui en gran parte se debe. El formó, y con una formación muy sólida, a quienes iban a mantener viva la antorcha de la religiosidad en estas comarcas, cosa que hicieron con gran maestría y eficiencia». (24)

---

(24) Mons. Méndez Moncada. Ob. cit., pp. 59-60.

### Las múltiples obras de Jáuregui

Mas no fue el Colegio del Sagrado Corazón la única obra de Jáuregui en La Grita, aunque si fue su obra cumbre. Hay una serie de realizaciones que hizo en esa ciudad y merecen destacarse. El 13 de diciembre de 1885 fundaba en la Parroquia la Sociedad religiosa de las Hijas de María, que lo ayudan a difundir la piedad mariana en el elemento femenino, aparte de las labores apostólicas. Al año siguiente inicia los trabajos para la reconstrucción de la Iglesia Parroquial. La antigua Iglesia Matriz, remendada y reparada tantas veces, se había vuelto insuficiente por su calidad y su capacidad al desarrollo de la ciudad. Los trabajos iniciales no le satisfacen, y en 1890 Mons. Jáuregui emprende la construcción de una nueva Iglesia, más amplia y hermosa. 'Los planos fueron obra del Maestro Ramón Pino F., merideño, que después de haber hecho estudios en Barquisimeto vino a radicarse en La Grita». Su ejecución estuvo a cargo del Arquitecto Esteban Rangel (25).

En un Inventario levantado por Jáuregui el 19 de agosto de 1891, hace referencia a la marcha de la construcción. A la formación del Inventario concurren también los Pbro. Melecio García y José del Carmen Reina, los Srs. Dr. Francisco A. Guerrero y Francisco Antonio Méndez, el Procurador Municipal Evangelista Quintero y el Sacristán León Moreno. Dejaron constancia que estaba en fábrica el edificio de la Iglesia Matriz, ya terminada la cúpula del presbiterio y ornamentándose con esperanza de concluirla en ese año. Al año siguiente bendecían e inauguraban el presbiterio, la cúpula y la sacristía. La fábrica corría a cargo de una Junta y para esa fecha se habían invertido 40.000 Bs. Un cuerpo de la Iglesia antigua debía derribarse para seguir los planos.

El inventario hacia luego puntualizaciones sobre otras cosas: La imagen del Santo Cristo era obra antigua y de gran mérito, con raro parecido a la imagen que se veneraba en Roma, en la Iglesia de las Reliquias de la Santa Capilla erigida por Sixto V. Hacia también referencia a un Santo Sepulcro, donado por Luis Antonio y José de J. Gandica, quienes lo encargaron expresamente a París. La casa frente a la plaza de Nuestra Señora de los Angeles, pertenecía a la Iglesia y tenía un valor de 14.000 Bs.

En ese referido año de 1886 en que comenzaba los trabajos del templo, fundaba el Hospital de la Caridad. Al otro año de 1887 establecía un Asilo de Huérfanos y un Hospicio. En 1893 promovía la construcción de la Capilla de la Laguna de García y colocaba su primera piedra, la que se inauguraba cinco años más tarde.

---

(25) Mons. Raúl Méndez Moncada. Iglesia del Espíritu Santo de La Grita.

En junio de ese año 93 el Concejo Municipal de La Grita consagraba solemnemente el Distrito al Sagrado Corazón, y se hicieron un deber concurrir todos los años a su fiesta. Componían la Directiva del Concejo: su Presidente Mario A. Sánchez, Vicepresidente Marco Antonio García, Procurador Luis Pausolino Contreras, Vocales Abelardo Méndez, Bonifacio Arellano, Ladislao Morales, Pantaleón Contreras, y el Secretario Evangelista Ramírez. El 10 de enero se bendecía el nuevo Cementerio de La Grita, auspiciado por Jáuregui, y al año siguiente el de Omuquena.

### Fundación de las Siervas de la Sagrada Familia

En 1895 Jáuregui instituía el Colegio de niñas del Espíritu Santo, y erigía una Congregación religiosa que titula *Asociación de las Siervas de la Sagrada Familia*, cuya sede matriz estaba en La Grita. El Art. 1º de su Estatuto Fundacional, decía: «Esta Asociación se compone de todas aquellas personas, que siendo ya profesas en la Tercera Orden de San Francisco, quieran ligarse con el voto de ejercer la caridad con los enfermos en los Hospitales, con los huérfanos en los Asilos y con los niños en las Casas de Educación».

El Acta fundacional aparecía firmada por el Pbro. Jesús Manuel Jáuregui, el fundador, y los Pbro. Melquíades Rosales y Felipe Santiago Vidal. El Ministro de la Tercera Orden de San Francisco, Esteban Dulcey. Y por las recién ingresadas Hermanas: Catalina Sánchez Emeteria de T. Rojas, Julia de Domínguez, María de la Cruz Omaña, María Fernanda Guerra, Casimira de Jesús Gómez, Gerónima Pérez, Lucía Solano, Paulina Jaimes, Amalia Sánchez y Encarnación Gutiérrez (26).

Estas Religiosas se encargaron del Asilo de Huérfanas, que Jáuregui había creado en La Grita y después toman a su cuidado instituciones similares en otras poblaciones. Una de ellas fue la de San Cristóbal, fundada por el Sr. Gabriel Cárdenas.

Años más tarde, en 1901, ya ausente Mons. Jáuregui, hubo un problema con este Asilo. El Dr. Santiago Briceño pretendía llevar a San Cristóbal a las Hermanas de San José de Tarbes, para fundar allí un Colegio. Aspiraba a utilizar el edificio donde funcionaba el Asilo al cuidado de las Religiosas de la Sagrada Familia, que decía había sido mejorado con ayuda del Gobierno del Gral. Castro. Pero el fundador del Asilo, Gabriel Cárdenas, rechazó esa pretensión, diciendo que no consentía en el Orfelinato otra Congregación que la de la Sagrada Familia. Las religiosas que ocupaban el edificio ante aquellas noticias, enviaron desde la Grita una nueva remesa hasta completar doce hermanas.

---

(26) Archivo Arquidiocesano de Mérida. Cartas de Mons. Silva. Legajo 1898, No. 159.

Con motivo de ese problema que le había surgido, el Dr. Briceño escribía al Dr. Juan N. P. Monsant, en Mérida, y entre otras cosas le decía: ¿Merece conservarse una Congregación que carece de bases sólidas, de personal competente, y podrán educar niñas huérfanas las que no tienen nada que dar? ... Como no sé si la Congregación de la Sagrada Familia está establecida con la debida aprobación eclesiástica, deseo sus informes en el particular, y le ruego me hable Ud. este asunto con Su Señoría (el Sr. Obispo), para ver si podemos encarrilar las cosas debidamente... Ojalá fuese posible a Ud. hablar con el compadre Bustamante (Asisclo Bustamante, Rector de la Universidad de Mérida) también sobre el punto, para que él por su parte lo trate con el Sr. Obispo» (27).

### **El fuego interior que le impulsaba**

Verdaderamente asombra aquel afanoso trajinar de Jáuregui en múltiples tareas: Sacerdotales en primer lugar, impartiendo su ministerio como párroco y atendiendo sus funciones de Vicario con los Curatos de su Jurisdicción. Se esmera en la atención espiritual de su parroquia, que no es sólo la población de La Grita, sino las muchas aldeas y campos de la jurisdicción que reclaman su presencia: Actividades Rectorales y pedagógicas en su Colegio, y a veces administrativas. Rector y Director espiritual de los clérigos del Seminario, y Profesor en varias materias eclesiásticas. Realiza actuaciones en el campo civil y comunitario, atento a las necesidades ciudadanas. Constructor de obras para el beneficio de la feligresía, y pedigüero por necesidad para su financiamiento. Escribe libros, artículos periodísticos y poemas. Lleva correspondencia con diversas personas e instituciones y no abandona sus inquietudes científicas. Lee incansablemente en sus horas libres, que se prolongan hasta altas horas de la noche.

Siempre activo, siempre dinámico, no se detenía en su laboriosidad. Terminada una obra, surgía una nueva idea y ponía en marcha un nuevo proyecto ¿Cómo le alcanzaba el tiempo para tanta tarea, y de donde sacaba fuerzas, para atender a cada una de sus obras y actividades?. Es difícil contestar con precisión, pero ahí están los hechos que hablan elocuentemente. Tenía una fuerza interior, Cristo, que lo impulsaba a darse y entregarse, y una voluntad tenaz que no lo dejaba flaquear.

### **Las dudas de un Delegado Apostólico**

El Delegado Apostólico de la Santa Sede J. A. M. Buhagiar, residente en Santo Domingo, conociendo la actuación de Jáuregui por referencias de ter-

---

(27) General Santiago Briceño A. Memorias de su Vida Militar y Política... Con cartas del Padre Autor Dr. Santiago Briceño. Caracas, 1949, pp. 565-566.



ceros, dudaba de su eficiencia en relación con el Seminario. En carta al Obispo de Mérida, con quien Jáuregui había tenido cierta dificultad, el Delegado le decía: "Me parece cosa muy difícil, para no decir imposible, que él pueda al mismo tiempo ocuparse en la dirección de una Parroquia y en la de un Colegio. En efecto, ¿cómo se puede dar una completa y verdadera educación e instrucción a los que aspiran al sacerdocio cuando están mezclados con los seglares? ¿Y cómo pueden edificarse los unos y los otros sin la inteligencia y entera dependencia de su Pastor, a quien es menester estar sometidos y al cual solamente puede aplicarse el dicho del señor «pascé agnos meos?» (28).

En esa misma ocasión el Delegado le escribía a Jáuregui; «Tengo por Ud. las mejores impresiones y pido al Señor que le asista con su divina luz y santa gracia para que Ud. pueda trabajar en la divina viña con fruto, con mérito y con la bendición de su digno Pastor. Todavía me parece imposible que pueda al mismo tiempo ocuparse con todo el provecho deseable, en la dirección de la Parroquia y de un Colegio como el del Sagrado Corazón. Por lo menos será difícil dar una completa instrucción y educación eclesiástica a los que aspiran al sacerdocio, viviendo mezclados con los seglares, sin agravar los unos o aflojar los otros. Deseo por tanto mucho alguna aclaración a propósito, para informar exactamente a quien de derecho compete». (29)

Lo que parecía desconocer u olvidar el Delegado Apostólico era la situación angustiosa en que se hallaba la Iglesia en Venezuela, que obligaba a remedios heroicos. No había Seminarios en el país después de su drástica eliminación por Guzmán Blanco y la persecución a la Iglesia. Estaban prohibidas nuevas erecciones de esos institutos, y apenas toleraba el Gobierno Nacional unas subrepticias Escuelas Episcopales, que trataban de llenar el vacío de los Seminarios.

Por esas razones los estudios formativos del nuevo clero eran muy someros, sólo lo indispensable y a veces en algunas Diócesis se hacían extremadamente tenues y breves. En el caso del Colegio Seminario del Sagrado Corazón de Jesús de La Grita, no fue así. Había un Rector animado del fuego sagrado de llevar discípulos a Cristo, y entre muchas dificultades y miserias logra cumplir su objetivo, dotando a la Diócesis de muchos y buenos sacerdotes. En cuanto a los estudios eclesiásticos se cumplían de un modo regular, ampliando los conocimientos a otras materias que les daban una mejor base formativa.

---

(28) Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fasc. 8 (1-2), f. 70 vto.

(29) *Ibidem*, ff. 59 y vto.

## CAPITULO V

### UN GRAN PROBLEMA SE CIERNE SOBRE JAUREGUI

#### Las raíces de un problema

Ese desabrimiento y diferencia que el Obispo Román Lovera exhibía en esas cartas hacia Jáuregui tenían sus raíces en sucesos ocurridos anteriormente en la Diócesis. Sucesos en los cuales Jáuregui había tenido una actuación muy diligente y encomiable, para solucionar, por orden del Obispo, un problema surgido en San Cristóbal.

En mayo de 1888 había sucedido en esa ciudad cristobalense un grave incidente, en el que un sacerdote, el Padre Juan Ramón Cárdenas, había sido agredido y golpeado en el Mercado de San Cristóbal, por un tal Marcos Angulo. El hecho fue repudiado y condenado por gran parte de la sociedad y pueblo tachirenses, que vio en ello un atentado a su fe católica.

Al frente de la Vicaría de San Cristóbal estaba Mons. José Concepción Azebedo. Un sacerdote meritorio y a quien el Obispo Lovera le había obtenido en Roma el título de Protonotario Apostólico. De carácter fogoso, se entregaba con toda pasión a propiciar y defender las causas que alentaba. Gobernaba la Sección Táchira del Estado Guzmán el Gral. Cipriano Castro, que por diversas causas mantenía un cierto distanciamiento con varios personajes eclesiásticos.

Uno de ellos, justamente, era el dicho Padre Cárdenas, con el que Castro había tenido años atrás un sonado incidente, cuando aquel era Cura de Capacho. Ocurrió que en el año 83 un hermano del dicho Cura trató de casarse, allá en Capacho, con una hermana de Castro, pero el sacerdote impidió la boda. Al ver a su hermana despreciada y deshonrada, Cipriano Castro montó en cólera y atacó al dicho Padre Cárdenas en el pueblo de Independencia, y le infligió un duro castigo. El agresor fue excomulgado y huyó a la vecina Colombia, en donde estuvo bastante tiempo, y al regresar obtuvo el perdón de la Iglesia y fue absuelto de la censura que pesaba sobre él. En la última revolución había entrado triunfante a San Cristóbal, y en ese año 88 era el Gobernador de la Sección Táchira.

Esta enemistad de Castro con el Padre Cárdenas, sirvió para hacer correr la especie de que todo había sido obra de él, para vengarse de su pasada humillación. Mons. Azebedo que mantenía ideas y simpatías opuestas a las de Castro y del Gobierno de turno, quiso dar un sonado escarmiento a aquel escándalo. En su carácter de Vicario Foráneo de San Cristóbal, convocó a los Curas de su jurisdicción y les impartió instrucciones para reunirse en San Cristóbal. Desde aquí partirían juntos a Mérida a protestar del escandaloso hecho, y a pedir justicia y seguridad para los eclesiásticos.

El propósito que los animaba, según decía Azebedo era «ponerse de acuerdo con las Autoridades Superiores en ambos fueros, para la adopción de un fácil remedio a tanto mal, a fin de poder entregarse a las pacíficas tareas de su sagrado ministerio, sin recelo ni temor de que se repitiesen las vejaciones y ultrajes perpetrados, antes de ahora, en las personas de los sacerdotes Dr. Ciriaco Piñeyro, José de los Angeles Cano, Pedro Nolasco Sánchez, Vicente Fornés (asesinado éste en 1871); y en tiempos más cercanos, en las personas de los Presbíteros Melquíades Rosales, Dr. Demetrio Briceño, Dr. Elio Caycedo, Gabriel Gómez, Macario Colmenares, Juan Ramón Cárdenas, y otros». (30)

### La primera huelga sacerdotal

Los Curas comprometidos en la acción proyectada, después de consumir las Sagradas Especies, cerrar las Iglesias y esconder los badajos de las campanas o llevarlos consigo, se reunieron en San Cristóbal con Mons. Azebedo. Allí estaban los Curas de Táriba, Rubio, San Juan, Lobatera, Libertad, Michelena y Colón, con otros tres sacerdotes Tenientes Curas, y el Pbro. Gómez, separado de su Iglesia de Lobatera, de la que era Cura propio, por enemistad de los Gobernantes de la Sección Táchira. El 18 de mayo, sin haberlo participado y mucho menos obtenido permiso del Provisor y Vicario General Pbro. Dr. José María Pérez Limardo, se ponían en marcha hacia Mérida. Era la primera huelga sacerdotal en Venezuela, y quizás la única, porque no sabemos de otra.

Esa medida del Vicario Azebedo y demás Curas tachirenses, que dejaba sin asistencia espiritual a todos aquellos pueblos, causó gran escándalo y consternación en toda población. El Gobierno local y el del Estado se alarmaron ante aquella inusitada actitud de esa porción del Clero tachirense y dictaron medidas represivas contra los alzados curas. Pues esa acción de los eclesiásticos podía derivar en una inminente conmoción política y el trastorno del orden, desencadenando una revolución que se esperaba de un momento a otro.

---

(30) Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fasc. 6 (7-8), ff. 64 y vto.

Por su parte el Provisor y Vicario Pérez Limardo, que gobernaba la Diócesis en ausencia del Prelado enfermo en Caracas, y a quien el Gobierno de Mérida se había quejado fuertemente reclamando medidas enérgicas, ordenó el regreso inmediato a sus Curatos a los dichos sacerdotes tachirenses, bajo pena de suspensión *ípo facto* y excomunión.

Estas órdenes del Provisor llegaron a conocimiento de los referidos Curas en la ciudad de Tovar. De allí se regresaron de inmediato seis de esos sacerdotes, otros se demoraron algunos días más en Tovar, pero al fin retornaron. En cambio el Vicario Azebedo y los Pbro. Gómez y Arellano continuaron a Mérida. Antes de llegar a esta ciudad fueron hechos presos Azebedo y Gómez y conducidos a la Cárcel Pública.

### **Había también un factor político**

En verdad, a más del aspecto religioso, en aquellos sucesos había también un factor político en esa parte del Clero. Así lo aseveraba el mismo Obispo Lovera en carta al Delegado Apostólico, cuando en su correspondencia del 10 de octubre de ese año 88, le aseveraba dolidamente: «Es un hecho la inveterada discordia en política, que divide hace más de cuarenta años la sociedad de Mérida y de toda la Cordillera. El Clero también, con raras excepciones, ha seguido la misma extraviada senda; y en vano he procurado con consejos, Cartas Pastorales y penas correccionales, extirpar tan grave daño. Conmociones terribles, invocaciones, luchas encarnizadas en las elecciones, horribles asesinatos, han afligido en todo ese largo espacio de tiempo a esas comarcas, y casi siempre se ha visto a Clérigos afiliados a esos bandos y comprometidos en revoluciones.

«Y no es de extrañar que los Clérigos se vean muchas veces perseguidos, aprisionados y aún atacados y muertos, como sucedió al infeliz Pbro. Fornés, que fue muerto por el Presidente del Estado el año de 1872, al regresar cerca de Mérida de un campamento enemigo. No hace dos años aún, que el Vicario Foráneo del Táchira Dr. Azebedo declaró incursos en suspensión a tres sacerdotes, los Pbro. Gómez, Arellano y Quiñones. Creo fue violenta e injusta la medida respecto a los dos últimos, que me escribieron y excusaron del delito de que se les suponía reos. Respecto del primero, el Pbro. Gómez, sí sé que se mezcló en asuntos políticos y ha sido varias veces elegido Diputado a la Cámara de Mérida, y por el mismo motivo fue atacado de muerte en su Parroquia de Lobatera y después en la de Rubio, que estuvo sirviendo hace un año.

«El sacerdote últimamente vejado y maltratado en San Cristóbal, lo había sido también, si mal no recuerdo, el año de 83. Vive este Sacerdote excusado

del ejercicio del Santo Ministerio por sus enfermedades, según su dicho y el de sus amigos, y se mantiene de sus rentas, pues tiene campos y ganados. Después del atentado que sufrió en mayo, he sabido que se ocupa también en hacer personalmente sus negocios. En eso se ocupaba el día 5 de mayo en el Mercado de San Cristóbal y se me ha asegurado por personas fidedignas, que no vestía el hábito clerical...

«...Desde los primeros meses de mayo esperaban todos en el país una revolución, que para los meses de mayo y junio debía estallar, teniendo buques de guerra amados en el mar. En ese estado se encontraban las cosas cuando se efectuó la huída del Clero de la Vicaría del Táchira. Ya sabe Vuestra Excelencia de que manera vio el Gobierno Nacional y el del Estado ese movimiento. Pudo muy bien el Sr. Vicario Foráneo asociarse con dos o tres sacerdotes de insospechable conducta y venirse a Mérida a entenderse con el Gobierno: pero no se quería sino el trastorno del orden, que debía naturalmente producirse con el total abandono de una parte importante de la Diócesis - que se dejaba sin sacerdotes - , - sin sacramentos, sin campanas - , - sin sacramentos, sin campanas en el llanto de tanto inocente en tantos pueblos que aman y reverencian a sus Curas, con el niño muerto sin bautismo, con el agonizante que expira sin sacramentos, con el escándalo, en fin, de una cosa nunca vista ni oída desde que se formaron estos pueblos y ciudades, ni aún en las más cruentas guerras y calamidades públicas. Y, era lo más grave, que se quería hacer creer que el Obispo era sabedor ordenador de tan criminal como insensata medida...» (31)

Al transcribir esos párrafos del Obispo Lovera, es necesario insistir en la apoliticidad de Mons. Jáuregui, tal como se infiere de ésa y otras cartas del dicho Prelado. En ese caso él apoyó a su Obispo y al Vicario, pero mantuvo independencia de criterio y ecuanimidad en el arreglo de la cuestión. A diferencia de otros clérigos, no sólo de la Diócesis Mérida sino de toda Venezuela, que se mezclaban en política, Jáuregui se mantuvo aparte de ello, por encima de todas las banderías y componendas. Su única actuación política conocida fue su participación en la Diputación Provincial de Mérida en 1876, y en la Asamblea Constituyente de 1879. De resto no se le conoce participación activa en esos campos de lucha partidista.

### **La rebeldía de Mons. Azebedo**

Aquellos graves incidentes ocurridos en la Vicaría de San Cristóbal, no tenían nada que ver con La Grita ni con Mons. Jáuregui. Sin embargo, éste tomó parte activa en la solución del problema a solicitud del Prelado.

---

(31) Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fasc. 6 (7-8) ff. 84 y siguientes.

Después de ser apresados antes de llegar a Mérida, Mons. Azebedo y el Padre Gómez fueron conducidos policialmente a la Cárcel Pública. El Provisor Pérez Límardo y tres Capitulares intercedieron ante el Presidente del Estado para aliviar su prisión, y se les dio por cárcel el local del Seminario. Mas el Gobierno del Estado no quiso cejar en el castigo de los dos sacerdotes e instauró juicio contra ellos. A la vez pidió al Vicario y Gobernador del Arzobispado medidas disciplinarias severas contra ellos, y manifestó que no los aceptaría en el Táchira. El Vicario nombró entonces un Cura Coadjuntor en el puesto de Azebedo, pero éste no aceptó y nombró a su vez otro Coadjuntor, colocándose en rebeldía ante sus superiores.

Por su parte Mons. Azebedo, que gozaba de simpatías y prestigio en el Estado, no se quedó callado. Arremetió contra el Provisor y Vicario Pérez Limardo, a quien enrostró una serie de máculas, desde entrega al Ejecutivo Estadal ante quien se arrodillaba, hasta embriaguez consuetudinaria y pertenencia a la secta masónica.

En carta al Delegado Apostólico, Azebedo acusa al Vicario de entrega vergonzosa a las autoridades civiles, que habían vejado a los honorables sacerdotes tachirenses. En vez de ampararlos como era su deber, consintió en que fuesen reducidos a prisión. Puso al servicio de los perseguidores todas las armas de la Iglesia: suspensión, excomunión, etc. El Vicario se la pasaba haciendo antesala en el Palacio de Gobierno, en estado de embriaguez. No contento con esta comunicación al Delegado, en el que no encuentra apoyo, Azebedo buscó auxilios políticos para oponerlos al gobierno civil. En la Cura Episcopal recusó al Vicario, y le inició juicio.

### **La actuación justa y ecuánime de Jáuregui**

Noticiado el Obispo Lovera de lo sucedido, apoyó irrestrictamente al Vicario y condenó la actuación de Azebedo. Para aclarar lo sucedido y refutar las acusaciones de Azebedo, escribió varias comunicaciones al Delegado Apostólico. A fin de enderezar las cosas en San Cristóbal que estaban todas revueltas, requirió el auxilio de Jáuregui, quien ya se lo había prestado al Vicario que se lo había solicitado. Pero dejemos al mismo Jáuregui que nos relate ese episodio, según se lo contaba al Delegado Apostólico tres años más tarde:

«El Gobierno civil, alarmado, pues aquella medida arbitraria e imprudente podía haber costado mucha sangre porque excitaba los pueblos a la rebelión, siguió causa contra el Padre Azebedo como perturbador del orden público; y el Gobernador del Obispado, pues el Sr. Obispo estaba en la Arquidiócesis, declaró también culpable al P. Azebedo, y desaprobó su conducta, por lo que había incurrido en excomunión mayor usurpando atribuciones que no tenía,

cuales eran las de poner a más de 50.000 almas en tan doloroso entredicho de hecho; pero el Sr. Pbro. Azebedo recusó al Provisor, interpuso apelación, y buscó apoyos políticos para oponerlos al procedimiento del Gobierno civil.

«En este estado de cosas, el Provisor me ordenó pasase a San Cristóbal, e hiciese cesar el conflicto. En el acto mismo me trasladé a dicha ciudad de San Cristóbal, abrí las Iglesias, celebré la Santa Misa y llamé por telégrafo a todos los Curas ausentes; y dejando en paz la expresada Vicaría regresé a mi Curato. Al llegar a él, el Provisor me llamó de nuevo a la capital del Obispado, y me recomendó el estudio de la causa que seguía contra el Padre Azebedo: yo le manifesté que él estaba inhabilitado para conocer en ese juicio a causa de la recusación y apelación interpuestas; y entonces me envió hacia el Sr. Obispo.

«Fui pues a Guacara, expuse mi comisión al Prelado, y éste me envió a Caracas a oír la opinión de algunos Canonistas. Obedecí, y éstos opinaron que el Obispo debía avocarse al asunto: entonces me propuso el nombramiento de Vicario General Vice-gerente para que le ayudase como Juez eclesiástico, y le acepté por dos meses, a condición de que hiciese prevalecer el sagrado principio de autoridad, castigando al culpable.

«El Prelado regresó conmigo a su Obispado, y ya en él fulminó pena de suspensión ex informata conscientia contra el Pbro. Dr. José Concepción Azebedo. Esta pena le fue notificada por el Provisor (Dr. José María Pérez Limardo), mas Azebedo ocurrió a mi que ya me hallaba en la capital del Obispado, manifestándose arrepentido y suplicando la clemencia de la Iglesia; y como la Iglesia es Madre... yo intervine inmediatamente suplicando de mi parte al Sr. Obispo, se diese ya por satisfecho y le alzase la pena, lo cual verificó gustoso el Prelado.

«Mientras tanto me ocupé de reclamar la causa que contra el Dr. Azebedo seguía el Gobierno civil, lo cual obtuve después de vencer con paciencia muchas dificultades. Ya en este estado, le propuse publicar una satisfacción en favor de los poderes públicos a quienes había ofendido y rogué al Gobernador Eclesiástico Dr. Pérez Limardo y al personal del Gobierno civil a que se diesen por satisfechos con ella. Me tomé luego el trabajo de llevar el borrador de dicha manifestación de uno a otro empleado Eclesiástico y Civil, haciendo las correcciones, que exigían, hasta que ya a gusto de ellos y del Dr. Azebedo, se imprimió y publicó quedando todo en paz.

«Entonces me trasladé a San Cristóbal, seguí juicio canónico contra Marco Angulo, público percusor de clérigo, y llenas todas las tramitaciones legales lo excomulgué pública y solemnemente; pero Angulo imploró arrepentido la clemencia de la Iglesia, y la Iglesia es Madre... Tres días después, Angu-

lo sometido a todas las prescripciones litúrgicas del caso, recibió de mí la absolución de la censura, se confesaba, y comulgaba de mi mano.

«Terminado todo esto, puesto orden en las parroquias de la Vicaría de San Cristóbal, reintegrado el Padre Azebedo en su parroquia de San Cristóbal, corregidos los delincuentes y vindicadas la Religión y la Sociedad, y todo en paz, regresé a mi Curato y Vicaría, desde donde al llegar envié al Sr. Obispo mi renuncia de Vicario General Vice-gerente, que había desempeñado por 97 días, y de cuyo desempeño se manifestaron altamente satisfechos el Ilmo. Sr. Obispo y los poderes del Estado, como consta de las notas que se sirvieron dirigirme. Ya libre de esos cuidados y con la conciencia de haber cumplido un deber sagrado, me consagré de nuevo a mi Curato y a la dirección del Seminario del Sagrado Corazón de Jesús que he fundado en esta ciudad desde 1883, y que la Divina Providencia sostiene y bendice todos los días...» (32)

### **Las injustas consecuencias que llovieron sobre Jáuregui**

Esa actuación de Jáuregui en pro de la armonía y de la paz de la sociedad tachirense y de la convulsionada Iglesia, le causó luego graves consecuencias. Ante todo le trajo la enemistad manifiesta del Padre Azebedo y de sus Curas amigos y aliados, y sorpresivamente un enfriamiento de las cordiales relaciones que el Obispo Lovera sostenía con él.

Después de terminada su intervención en el arreglo del referido conflicto, se había dedicado nuevamente en cuerpo y alma a su labor apostólica en La Grita. Sobre todo el Colegio y Seminario del Sagrado Corazón. Para que viese los adelantos del instituto había rogado el año de 1890 al Sr. Obispo se dignase visitarlo, pues no lo hacía desde su Visita Pastoral de 1884. El Colegio se había ido desarrollando progresivamente, y había dado ya seis sacerdotes, y cerca de treinta jóvenes graduados en Ciencias Filosóficas; contaba con más de cien alumnos, de los cuales las dos terceras partes eran clérigos. Insistía en la presencia del Obispo, porque había que aprovechar varias vocaciones, pues había en ese momento siete jóvenes aptos para el Subdiaconado y uno para el Presbiterado.

Tal como relataba Jáuregui en carta al Delegado Apostólico, del 26 de mayo de 1891: «El Sr. Obispo emprendió en efecto viaje al Táchira; pero en lugar de venir a esta Vicaría se dirigió a la de San Cristóbal, en donde permaneció cerca de ocho meses, al cabo de los cuales se regresó para Maracaibo,

---

(32) Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fasc. 8 (1-2) ff 29-35.



dejándome dolorosamente afrentado... sin que hubiesen bastado las súplicas de muchos sacerdotes, de respetables padres de familia, del Seminario y del pueblo ... »

«Apenas llegó el Sr. Obispo a San Cristóbal, fui allá a visitarle acompañado de dos seminaristas: recibió mi visita y me invitó a comer: pasó al comedor y allí encontré al Sr. Cura Dr. Azebedo con 6 sacerdotes más: saludé, pero los Srs. Pbro. Dr., Azebedo y Gabriel Gómez (íntimos e inseparables amigos y compañeros), me negaron el saludo: pedí explicación, y me contestaron ien presencia del Prelado!, que ellos no saludaban más que a «sus amigos»: supliqué al Prelado los hiciese explicarse; pero el Prelado sonrió y aplazó todo para después de la comida: terminada ésta me excitó a que tuviese una conferencia *secreta* con el P. Gómez. Obedecí, protestando antes que de todo trataría y admitiría explicaciones, menos sobre lo que había hecho como Vicario General del Sr. Obispo, pues lo que había hecho el 88 era cumplimiento de un deber, y lo volvería a hacer, en aquel momento sí era preciso... y me retiré de nuevo a mi Curato con el sensible presentimiento de que estaba a merced de los *amigos y favoritos de hoy*, que rodeaban al Prelado y abusaban de su favor hasta el punto de irrogarle la gravísima ofensa de llamarse enemigos míos en su presencia; sin que él hubiera tratado de corregir el desacato, no por mí, sino por su augusta autoridad... y de presentir también, pues me costaba trabajo desechar el pensamiento, que pretendían acaso vengarse de mí por la lealtad e inquebrantable decisión con que sostuve contra ellos la autoridad del Prelado en las circunstancias que ya dejo referidas.

«Los meses corrían y yo reiteraba al Sr. Obispo mis súplicas para que viniese a visitar el Seminario; pero él manteniéndose en la expectativa llegaba hasta una jornada de Queniquea (parroquia de esta Vicaría), y por causa de una lluvia regresaba a los pueblos de la Vicaría de San Cristóbal, algunos de los cuales recorrió tres y más veces en esos días, y los pobres fieles de Queniquea y sus Aldeas se quedaban con las banderitas, y los arcos de flores, y los confirmandos... esperando burlados y el pobre Cura avergonzado y costeadado (Por acá se acostumbra que la Visita del Sr. Obispo la costeen los Curas por completo).

«Mientras tanto circulaban las noticias más alarmantes: ora que el Sr. Obispo me seguía un juicio, ora que me lanzaría del Curato, ora que extinguiría el Seminario, ora que pondría otro Rector, ora en fin, y esto lo dijeron los Pbro. Azebedo y Gómez a los Pbro. Benjamín Valbuena y Melecio García de esta Vicaría, en ocasión en que fueron a visitar al Señor Obispo, que yo iba a ser *suspenseo* por haber escrito y publicado por la prensa un artículo sobre «Misiones», sin permiso del Sr. Obispo...

«Para evitarme yo, pues, una vergüenza dolorosa, y para evitarle una responsabilidad vergonzosa a mi Prelado, tomé el partido de elevar un escrito a la Curia Superior Eclesiástica, recusando los Jueces Eclesiásticos, con sobra de motivos canónicos, y al mismo Sr. Obispo, e interponiendo la debida apelación. El Sr. Provisor, en vez de dar curso a la apelación, envió un comisionado cerca de mí, al Sr. Francisco Baptista, para asegurarme que nada había en su Curia contra mí; y el mismo Sr. Dr. Baptista y otras personas, entre ellas el Venerable Cura y Vicario de Tovar, ocurrieron al Sr. Obispo, el cual les dio de palabra y por escrito iguales seguridades, manifestando que jamás durante su Episcopado había tenido quejas de mí (escritos que dichos Señores me enviaron y conservo). En este estado las cosas, la recusación y apelación interpuestas no tuvieron curso, y yo continué tranquilo las tareas de mi Curato y Seminario, poniéndome con todo en manos de Nuestro Señor» (33)

---

(33) *Ibidem*, ff. 3 0-3 1.

## CAPITULO VI

### LA GRITA SOLICITA AL PAPA LA INAMOVILIDAD DE JAUREGUI

#### El Concejo Municipal se dirige directamente al Papa

Pero los rumores no desaparecieron y de nuevo se renovaron con mayor intensidad.... Se afirmaba que Jáuregui iba a ser quitado de la Vicaría y Curato de La Grita; que se le seguiría un juicio y sería suspendido en su ministerio; el Colegio del Sagrado Corazón sería cerrado, etc., etc.. Todo esto inquietó al pueblo griteño, que vigilaba ansioso y expectante aquel grave problema que se le había encimado a su amado Párroco.

En un momento determinado se acentuaron los rumores y decires, y parecieron tomar visos de certeza. El pueblo entero se levantó a protestar, y en una representación dirigida a las Autoridades Eclesiásticas recogieron las firmas de todos sus habitantes. El Concejo Municipal decidió intervenir el primero en defensa de su admirado párroco y guía espiritual. El 6 de enero de 1891 la Cámara Municipal dictaba un elogioso Acuerdo pidiendo directamente a Su Santidad León XIII, la inamovilidad del Padre Jáuregui y su título de Cura propio de La Grita.

Rezaba el referido Acuerdo: «El Concejo Municipal del Distrito La Grita, Considerando:

1°. Que la ciudad de La Grita, población del Estado Los Andes, en la América Meridional, le debe a su Venerable Señor Cura y Vicario, Presbítero Doctor Jesús Manuel Jáuregui, todo su progreso y engrandecimiento, ya en lo concerniente a la Iglesia y Culto Divino, y ya en el orden moral e intelectual.

2°. Que este Sacerdote, por su humildad y eximias Virtudes es un verdadero modelo del Divino Maestro, y por su ilustración y caridad es de alta importancia y de imperiosa necesidad su inamovilidad de este Curato y Vicaría.

3°. Que a más de su consagración al cumplimiento de su misión como Cura y Vicario de esta ciudad, está consagrado desde el año de 1884 a la

instrucción religiosa y científica, como Rector nato del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de esta ciudad, en el cual se educan 132 alumnos, y del cual cuenta ya la Iglesia Católica seis sacerdotes, y once más para recibir Sagradas Ordenes, y la sociedad civil adornada con 23 jóvenes que se han graduado en ciencias filosóficas; y la sociedad cristiana ve en su actual Cura y Vicario la única persona que podrá concluir la reedificación de la Iglesia Matriz de esta ciudad, obra maestra de tres naves y de mampostería, en la cual se ocupa; y del mismo modo para la conservación del Hospital de Caridad que fundó y sostiene con su dulzura y don de agradar que le caracteriza, y tantas Asociaciones religiosas más, como las Franciscanas e Hijas de María.

4°. Que el Gobierno del Obispado ha introducido la costumbre de gobernar la Iglesia por Curas Eónomos en vez de Titulares, con el fin de removerlos a su voluntad y destruir la perpetuidad que ordenan y establecen los Sagrados Cánones.

5°. Que es de necesidad prevenir un serio conflicto entre las potestades civil y eclesiástica y entre los mismos fieles, y ponerle dique a la pasión y a la envidia, y en consecuencia a las gratuitas tentativas y ataques contra este Sacerdote meritorio, virtuoso, respetable y digno entre los dignos.

6°. Que el Concejo Municipal de este Distrito tiene para con el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de esta ciudad, el derecho de tuición, y por la ley también el derecho de petición y de obtener resolución.

7°. Que el señor Presbítero Doctor Jesús Manuel Jáuregui, Cura y Vicario de esta ciudad, por su carácter de Canónigo honorario de Loreto, debe esperar la protección del Ilustrísimo Señor Obispo de aquella Diócesis, y que interpondrá su influencia para con la Santa Sede en el despacho de esta solicitud.

**ACUERDA:** Art. 1°. Pedir este Cabildo como pide a Su Santidad León XIII por medio de este Acuerdo, la inamovilidad de nuestro Cura y Vicario Presbítero Doctor Jesús Manuel Jáuregui, como lo establecen los Sagrados Cánones, y por convenir así al bien de la misma Iglesia Católica.

Art. 2°. Así mismo se pasará al Ilustrísimo Señor Obispo de Loreto, un tanto de este Acuerdo para que se digne interponer su influencia con la Silla Apostólica y sea resuelto a la mayor brevedad posible.

Art. 3°. Dese conocimiento al ciudadano Presidente de la República, Presidente del Estado y Gobernador Seccional para los fines convenientes, y publíquese por la imprenta.

Dado en el salón de las sesiones del Concejo Municipal del Distrito, en esta ciudad de La Grita, a seis de enero de mil ochocientos noventa y uno. El

Presidente David Mancilla. El Primer Vice, Ramón Méndez C. El Segundo Vice, Daniel Guerrero. El Procurador Municipal Evangelista Quintero. Concejal, José de Jesús Gandica. Concejal, Francisco A. Guerrero. Concejal, Francisco M. Valbuena. El Secretario del Concejo, Rafael María Rojas» (34).

### **Llueven dificultades y problemas**

Lo que no podía imaginar el Concejo Municipal era que aquella encomiástica y justa defensa de Jáuregui le iba a ocasionar a éste nuevos y serios problemas con la Santa Sede, que felizmente fueron debidamente aclarados. Esa inusitada y anti protocolar solicitud dirigida directamente al Santo Padre llegó a Roma y causó asombro y un cierto malestar en la Curia. El Secretario de Estado de Su Santidad, Cardenal Rampolla, pedía explicaciones al Delegado Apostólico L.M. Buhagiar, residente en Santo Domingo, quien ya había recibido el Acuerdo enviado por el Concejo de La Grita. A su vez el Delegado pidió informes al Obispo Román Lovera, quien se encontraba ignorante de esa tempestad que se había formado.

En carta al Delegado Apostólico, el Obispo Lovera calificaba de inaudito e insólito el documento del Concejo que se le había enviado. Afirmaba, que ni en su última excursión Pastoral que comenzó en el pasado setiembre del 90, ni antes de ese tiempo había tratado de remover a Jáuregui de su Curato. Refiere su pensamiento sobre las remociones de párrocos y la no apertura de concursos para la provisión de Curatos en propiedad, igual a como lo hacían los demás Obispos venezolanos.

El Padre Jáuregui había establecido en 1884 un Colegio para la enseñanza Secundaria, en el cual permitió pudiese dar hábitos clericales a seis alumnos. Pero en la Visita Pastoral que hizo a La Grita en dicho año 84 le observó que no aumentase el número, porque encontró diez y seis jóvenes con hábitos clericales y era imposible que teniendo que atender Parroquia, Vicaría, Colegio y otras obras, pudiese mantener él sólo un Seminario, sin un piadoso y sabio Director espiritual. Cuatro años después Jáuregui le presentó cuatro clérigos para el Subdiaconado y les confirió las Ordenes, y luego ordenó a otros dos. Después le reiteró sus observaciones anteriores sobre la imposibilidad de llevar allí un Seminario, pues los clérigos no podían tener el espíritu eclesiástico necesario mezclados con más de 100 jóvenes alumnos en el mismo local. Finalmente, agregaba que él había favorecido la obra de ese Colegio con ayuda económica.

Por todo eso él se había abstenido completamente de seguir confiriendo Ordenes Sagradas, a los jóvenes que en ese Colegio aspiraban al Sacerdocio.

---

(34) Archivo Secreto Vaticano. Nunziatura in Venezuela. Fasc. 8 ff. 45-46.

El Arzobispo de Caracas Crispulo Uzcátegui, a quien el Delegado había pedido informes sobre el caso, le respondía: que el Concejo Municipal de La Grita le había solicitado su mediación sobre la inmovilidad de su Cura y Vicario. Mons. Lovera le había hablado del caso, asegurándole que no había propósito de remoción. El le había contestado al dicho Concejo, lo siguiente: «Nos tomamos la libertad de decir a Uds. que el medio adoptado no lo consideramos el más adecuado para obtener el fin que se desea; y creemos no equivocarnos al asegurar a esa Corporación, que el Ilmo. Señor Doctor Lovera no ha pensado en la remoción del Pbro. Doctor Jesús Manuel Jáuregui del Colegio y la Vicaría de La Grita; pues siempre que hemos tenido ocasión de hablar con él, se ha expresado en términos muy favorables respecto de las virtudes y aptitudes del Dr. Jáuregui» (35).

Por su parte el Padre Jáuregui, en rendida carta del 3 de marzo de ese año 91 a Mons. Lovera, había solicitado su perdón si acaso lo había ofendido, y le aseguraba que él no guardaba rencor contra nadie. «La presente, decía, tiene por objeto suplicar a Su Señoría Ilustrísima que si tiene algún resentimiento personal conmigo, por la Sangre de Jesucristo y su corazón adorable, me perdone.

«Yo no he atacado: no he hecho sino defenderme, porque la defensa, Señor, es de Derecho Natural y Divino, y la Religión y la razón la consagran, y porque un Eclesiástico: «puede humillar su persona pero debe honrar siempre su puesto» (S. León Magno).

«Quiera el cielo llevar al convencimiento de Su Señoría Ilustrísima que no conservo resentimiento alguno contra nadie, ni aún contra aquellos hermanos sacerdotes que en presencia de Su Señoría se llamaron mis enemigos, y que por el contrario, ruego por ellos como por mí mismo, pues jamás me atrevería a subir a los Altares del Señor con odio en el corazón y sentimientos de venganza» (36).

### Explicaciones al Delegado Apostólico

En carta del 11 de abril de ese año 91 el Delegado Apostólico le pedía a Jáuregui que le informase de los sucesos que habían motivado la solicitud del Concejo de La Grita ante la Santa Sede. En contestación a esa petición del Delegado, con fecha 25 de mayo Jáuregui envía un largo informe, del cual ya hemos extractado anteriormente varios de sus párrafos. Relata allí desde la fundación de su Colegio; los sucesos de Mons. Azebedo; la actuación que

---

(35) *Ibidem*, ff. 50-50 vto.

(36) *Ibidem*, f. 25

cumple en el caso; la enemistad que éste le toma; el enfriamiento y posición distante del Obispo, envuelto por los otros; los rumores echados a volar sobre su destitución, cambio a otro lugar y suspensión en su ministerio.

Entre otras cosas, decía: «El pueblo estaba alarmadísimo, ya fuese de intento o de casualidad; con frecuencia emisarios desconocidos anunciaban ya la venida, ya la no venida del Sr. Obispo; y se echó a volar la especie de que me removería del Curato, y el pueblo que es tan fácil para excitarse sin examinar el fondo de los hechos, manifestaba en alta voz su descontento, y los motivos de su alarma. Fue entonces que el Ilustre Concejo Municipal de esta ciudad levantó una representación que envió el Soberano Pontífice y que ha hecho circular entre los altos poderes Eclesiásticos y Civiles de esta República.

Yo no tenía ni podía tener parte en eso, Excmo. Señor, y con la confianza de hijo a padre, digo a Su Excelencia que me causó mucha pena cuando supe que el Concejo Municipal excitaba en favor de su recurso al Ilmo. Sr. Obispo de Loreto, sin duda porque siendo yo Canónigo Honorario de la Santa Casa, creyeron que ese era un camino apto. Cuando supe todas estas cosas las lamenté en silencio, y esperé que Nuestro Señor guiase los asuntos, porque ni yo había ni podía haber inspirado tal idea al Concejo, ni me competía aprobar ni reprobar su conducta (Le incluyo una hoja de la publicación del Concejo, la cual no me fue dada sino hace pocos días). El pueblo por su parte levantó una protesta con muchísimas firmas, pero habiéndolo yo sabido, cuando la trajeron de la vecina ciudad de Tovar ya impresa, me opuse con todas mis fuerzas a que circulase, lo cual, a Dios gracias, conseguí.

«Ahora, en cuanto a la opinión que V. E. me excita a emitir, obedézcole manifestándole: que los motivos principales que guían al Ilustre Concejo Municipal a pedir mi inamovilidad, son sin duda alguna: 1º. Los temores de que se extinga el floreciente Seminario, que hoy cuenta 155 alumnos incluidos 35 de una escuela sucursal anexa, Seminario que es hoy gloria muy preciada de esta ciudad, religiosa sobre las más religiosas de todo el Obispado de Mérida. 2º. El temor también de que se trastornen las fábricas de la Iglesia Matriz dedicada al Espíritu Santo cuya cúpula de 27 metros de altura, la primera que se levanta en todo este Obispado, acaba de coronarse en estos mismos días de la Octava del Espíritu Santo, y las del edificio del Seminario, hermosísimo, que está para concluirse, y la de una linda Capilla al Oriente de la ciudad sobre una colina que domina a ésta, dedicada a Nuestra Señora de Lourdes y que también está para concluirse (Me permito incluir a V. E. una fotografía del edificio aún en fábrica del Colegio y de la Comunidad.)

Ese edificio es propiedad exclusiva del Sagrado Corazón de Jesús, dedicado perpetuamente para la enseñanza Superior y Científica, Religiosa, y cues-

ta hoy más de 40.000 Bs.; 3° el de que pueda así mismo trastornarse el incremento de la Venerable Orden Tercera, que por hoy cuenta ciento y pico de franciscanos, de la cual soy Comisario; y 4° el Hospital de Caridad que sostienen con sus limosnas las Hijas de María”, y con sus servicios personales las Franciscanas, convertidas en Hermanas de Caridad, o Siervas de los Pobres.

Mas en cuanto a mí, Excmo. Señor, créamelo, de muy buena fe, no me he ocupado jamás de exigir ni de desear siquiera esa inamovilidad, (pues he llevado por máxima de mi vida sacerdotal, aceptar gustoso el destino que se me diere sin pedirlo nunca) y confío en la gracia del Señor poder adonde quiera que vaya ejercer mi ministerio y contraerme a la enseñanza. Sólo una cosa suplico a S. E. por la sangre de Jesucristo y su corazón Adorable, y es, que salve este Seminario, que no es obra mía sino del Corazón de Jesús.... Hay aquí muchos jóvenes pobres que no podrán ir a ordenarse a otros Obispados ¿Qué cuenta daremos a Nuestro Señor si dejamos perder esas preciosas vocaciones? ¿En estos tiempos y en estos lugares? ...También pedí permiso al Sr. Obispo para fundar un periódico, que sirva a los intereses religiosos como órgano del Colegio, que tiene imprenta propia, pues por esa Pastoral que le adjunto verá Su Excelencia existe otra, que pone suspensión ipso facto al sacerdote que escriba o haga escribir al público sin aprobación del Prelado, y tampoco he obtenido contestación. Mientras tanto yo veo en todos los periódicos religiosos que recibo, que Su Santidad recomienda la propaganda católica y el empleo de la prensa, y aquí estamos amodorrados.

«Para terminar protesto ante S. E, que no alimento ninguna predisposición ni respecto a los hermanos sacerdotes que me atacan ni mucho menos contra mi Venerable Prelado; líbreme el cielo! Por el contrario, respeto a mi Prelado y lo venero, pues en su autoridad acato la del Señor, y no habría desplegado mis labios sino hubiera sido interpelado por Su Excelencia» (37)

Todas esas explicaciones de Jáuregui y otros informes recibidos por el Delegado Apostólico, convencieron al Delegado que el Vicario no había participado ni auspiciado la comunicación del Concejo Municipal. Pero no llegaron a disipar sus dudas sobre el Seminario, prevaleciendo en esto la opinión del Obispo Lovera.

En carta a Mons. Lovera el Delegado Apostólico le decía, en relación al Acuerdo del Concejo Municipal, que ciertamente no podía haber duda alguna de que Jáuregui no era objeto de persecución ni envidia de parte de ninguno, y mucho menos de parte de su Obispo. «Sin embargo, él es un sacerdote celoso e instruido que podría hacer mucho bien bajo la dependencia y con la

---

(37) *Ibidem*, ff. 29-35. La Grita, 29 de mayo de 1901.



inteligencia de su legítimo y digno Pastor. Pero me parece cosa muy difícil, por no decir imposible, que él pueda al mismo tiempo ocuparse en la dirección de una Parroquia y en la de un Colegio. En efecto, ¿cómo se puede dar una completa y verdadera educación e instrucción a los que aspiran al sacerdocio cuando están mezclados con los seglares?, y ¿cómo pueden edificarse los unos y los otros sin la inteligencia y entera dependencia de su Pastor, a quien es menester estar sometidos y al cual solamente puede aplicarse el dicho del Señor: «pasce agnos meos?» (38).

Esa misma incredulidad del Delegado Apostólico acerca de la posibilidad de dirigir a la vez la Parroquia y el Seminario se la expresaba también al mismo Jáuregui. Y finalmente en su informe al Secretario de Estado, le expresaba: En efecto, cómo puede un hombre solo, como vale el Jáuregui aunque instruido, celoso y altivo, atender al mismo tiempo a tantas cosas incompatibles? Y cómo se puede instruir y educar convenientemente diez y ocho o más clérigos en medio de un centenar de jóvenes escolares? El, Jáuregui en vez de someterse a su Obispo y recibir y seguir sus órdenes, busca impedirle dictar sus leyes. Si no fuese otro que este solo ejemplo bastaba para torcer la educación de los clérigos.

«Sin embargo de todo este asunto, el Obispo tiene necesidad de una gran prudencia, considerando que Jáuregui goza de mucha popularidad, tiene el apoyo de la autoridad y es el alma y la vida de la parroquia La Grita. Creo por otra parte que con un poco más de recíproco acuerdo se pueda regular toda cosa, de modo de conciliar las partes sin dejar nacer conflicto; y esto mucho más que el Jáuregui es de carácter fogoso, como parece de sus cartas, aunque no deja de tener buen fondo» (39).

### Un descubrimiento científico en el Colegio

En esa misma época se había hecho en el Colegio del Sagrado Corazón un descubrimiento científico, al encontrar una fórmula para la equivalencia del círculo y el cuadrado. No se menciona el autor, pero seguramente fue Jáuregui, pues en su Tratado de Geometría Elemental, publicado en 1892, se expresa la fórmula que había sido ofrendada a Su Santidad y sometida al estudio de la Universidad Gregoriana.

En carta al Delegado Apostólico del 13 de junio de 1891, Jáuregui le ofrendaba al Soberano Pontífice el descubrimiento científico de esa fórmula, obtenida en el Seminario del Sagrado Corazón de Jesús.

---

(38) *Ibidem.* ff. 57-59 v.

(39) *Ibidem.* Santo Domingo 1º de agosto de 1891.

«A nadie mejor que al Soberano Pontífice León XIII, supremo e infatigable protector de las ciencias y de las artes, me ha parecido deber dedicar el hallazgo que por la bondad del Señor e intercesión de María Santísima, ha hecho el Seminario del Sagrado Corazón de Jesús de La Grita, de una fórmula científica para establecer la equivalencia del círculo y del cuadrado, Problema tan debatido desde tanto tiempo.

«Espero que en todo esto Su Santidad León XIII no verá sino el tributo de nuestro amor y adhesión filial a la Santa Sede; y aunque Su Santidad León XIII no lo recuerde, pero sí lo sabe ya V. E. y lo presenciaron el Ilmo. Sr. Lovera Obispo de Mérida el Dr. Juan Bautista Castro Arcediano de Caracas y cuatro sacerdotes venezolanos más, que este Seminario es obra de la palabra sagrada del Soberano Pontífice, cuando me recomendó me consagrarse a la enseñanza y dirección de la juventud; que esto justifica nuestro atrevimiento al dedicar a nuestro Padre Común, la humilde violeta que llevamos a sus pies.

«La demostración científica titulada «Magnificat», como testimonio de reconocimiento a la Santísima Virgen, y que se envía también al Santo Padre y que juzgo pasará a la Universidad Gregoriana para su completo estudio y reforma de los puntos que no estén bien esclarecidos, fue leída aquí con toda solemnidad en una «Velada Literaria». celebrada el día del Sagrado Corazón de Jesús en honor de Su Santidad León XIII y de la cual remito a V. E. impresos el programa y el discurso de Orden pronunciado por el joven Emilio Constantino Guerrero, alumno de Teología y Catedrático del Instituto (40).

---

(40) *Ibidem*, ff. 60-60 v. La Grita, Junio 13 de 1891.

## CAPITULO VII

### SAN CRISTOBAL, SU NUEVO Y CORTO DESTINO

#### **El nuevo Obispo de Mérida, Mons. Antonio Ramón Silva**

Los roces y desavenencias con el Obispo Lovera y la actitud contraria del Delegado Apostólico, creaban un clima de incertidumbre sobre el destino de la obra de Jáuregui. No obstante, la mano de Dios cambia el curso de las cosas y todo se serena para Jáuregui. La tempestad que podía haberse desatado sobre su Colegio Seminario se disipa.

El Delegado Apostólico Fr. Antonio M. Buhagiar, días más tarde de haber escrito con tanto desabrimiento sobre Jáuregui al Secretario de Estado, fallecía allí en Santo Domingo el 8 de agosto de ese año 91. Había sido designado para el cargo en enero de dicho año 91, y por tanto tuvo una corta actuación de pocos meses. En su lugar fue nombrado Mons. Julio Tonti en agosto de 1892, que al frente de la Delegación Apostólica desarrolla una buena labor y establece relaciones bastante amistosas con el Presidente Crespo.

Después de los roces con su Prelado, anteriormente señalados, la situación de Jáuregui continuaba siendo un tanto incómoda, y seguía vigente la posibilidad de ser cambiado a otro Curato y el Seminario intervenido por decisión episcopal. Pero de nuevo Dios trazaba sus caminos. El 13 de abril del siguiente año de 1892, pocos meses más tarde de los sucesos narrados, fallecía Mons. Román Lovera en la ciudad de Carora. El Cabildo Eclesiástico de Mérida elegía Vicario Capitular para regir la Sede Vacancia de la Diócesis, al Canónigo Pbro. Dr. Rafael Antonio González. Era un personaje de la cercanía de Jáuregui con quien mantenía cordiales relaciones; esto permitió que se disiparan los temores sobre la vida del Colegio Seminario del Sagrado Corazón.

La provisión de la Diócesis de Mérida con un nuevo Prelado comenzaba a agitarse en los meses siguientes a la muerte de Mons. Lovera. A este respecto el Arzobispo de Caracas Mons. Crispulo Uzcátegui escribía al Cardenal Secretario de Estado, en diciembre de ese mismo año 92, informándole que el

Gobierno de la República le había autorizado para consultar a la Santa Sede, sobre el sacerdote que sería presentado oficialmente para el Obispado de Mérida.

Para ello el Gobierno había querido formular una terna con los posibles candidatos, a fin de que Su Santidad escogiese. Estos eran: El Pbro. Dr. Gregorio Rodríguez, Dignidad Tesorero de la Iglesia Metropolitana de Caracas; El Pbro. Dr. Francisco José Delgado, domiciliario de la ciudad de Mérida, graduado en Derecho Canónico, Rector de la Universidad de Maracaibo; El Dr. Antonio Ramón Silva, Venerable Cura de San Juan en Caracas, graduado en Sagrada Teología, con cuarenta y dos años de edad, y «uno de los sacerdotes más importantes de esta Arquidiócesis por su ciencia, piedad y celo apostólico» (41).

Días más tarde el Pbro. Juan Bautista Castro participaba al dicho Secretario de Estado, que los Pbro. Rodríguez y Silva le habían solicitado unas certificaciones las cuales les había expedido y contenían la verdad hasta donde él la conocía. «Pero para completa tranquilidad de mi conciencia, quiero decir muy reservadamente a Vuestra Eminencia, que el sacerdote más digno bajo todos respectos es el tercero de la terna, Pbro. Dr. Silva» (42)

En esos mismos días el Pbro. Nicanor Rivera, Corredactor del diario *La Religión*, escribía también al Cardenal Secretario de Estado, expresándole su opinión sobre los dichos tres candidatos, El Dr. Rodríguez había sido su condiscípulo y constante compañero, «es piadoso y la opinión pública, le favorece, bien que haya reservas por cierto flanco de un apego un tanto excesivo por las riquezas materiales: la ciencia es escasa, sobre todo del Derecho Canónico, y el carácter débil, en especial tratándose del Poder Público.

El Dr. Delgado era su amigo, mas «no le concedo en mi escaso juicio doctrina bastante para el Principado Eclesiástico, ha dado el no loable signo de desear y buscar indirectamente la Mitra, y bajo el sigilo del secreto natural conozco alguna tacha en su vida sacerdotal».

El Dr. Silva había sido su discípulo, hizo buenos estudios teológicos y canónicos en el antiguo Seminario de Caracas, cerrado por la persecución de Guzmán; fue ordenado por Mons. Guevara en el exilio y sirvió siete años una misión en Trinidad. A su regreso sirvió varios Curatos en la Capital, redactó un periódico religioso, es Corredactor de *La Religión*. «Goza del respeto y estima generales; supera mucho en conocimiento a los otros dos; es prudente, sin haber flaqueado jamás por pusilanimidad; sería a mi firme y leal, aun-

---

(41) Archivo Secreto Vaticano. Affari Ecclesiastici Straordinari. Venezuela. Fasc.15. ff. 56 vto. Caracas 7 de diciembre de 1892.

(42) *Ibidem*, ff. 55.

que falible juicio, un Obispo tal como lo piden las grandes exigencias de esta Iglesia tan decaída (43).

A principios de 1893 el Arzobispo de Caracas refería al Secretario de Estado, que a solicitud del Obispo de Barquisimeto el Gobierno había nombrado Obispo Coadjutor con derecho a sucesión, el Pbro. Dr. José I. Bereciartu, pero éste había renunciado en forma irrevocable. Para llenar esa vacante el Arzobispo presentaba una lista de sacerdotes, que en su concepto podían ser aptos para ese Obispado. Entre ellos colocaba en la Diócesis de Mérida, únicamente al Pbro. Dr. Jesús Manuel Jáuregui. (44)

Entre tanto, mientras se desarrollaba el proceso de nombramiento del Obispo de Mérida, el Vicario Capitular Pbro. Dr. González fallecía el 20 de abril de ese año 93. Era sustituido en el cargo por el Pbro. Dr. José de Jesús Carrero, designado Vicario Capitular por el Cabildo Catedralicio.

Por su parte la Santa Sede, después de una serie de consultas, había escogido entre los candidatos al Pbro. Antonio Ramón Silva. Según informaba el Delegado Apostólico Mons. Julio Tonti, en una conferencia con el Ministro del Exterior éste había dicho: «que varias diligencias se habían intentado para inducir al Presidente de la República y al Gobierno, a no recomendarlo (a Silva) al Congreso, pero que el Presidente y el Gobierno en homenaje al Santo Padre que lo había aceptado para aquella sede y para mostrar su voluntad decidida a entenderse con el Sumo Pontífice sobre el nombramiento de los Obispos, no había cedido a la reiterada insistencia opositora». (45)

En cumplimiento de su palabra el Presidente Joaquín Crespo lo proponía luego al Congreso, y elegido por éste era presentado el Santo Padre, que lo preconizaba el 21 de mayo de 1894. El 13 de enero del siguiente año era consagrado Obispo por el Arzobispo Uzcátegui, y a fines de ese mes tomaba posesión de su diócesis, por intermedio de su apoderado el Deán Dr. Carrero (46).

### **La cordial relación con Mons. Silva.**

Con la llegada del nuevo Obispo Silva, la situación de Jáuregui se estabiliza. Todo vuelve a cauces normales, y puede continuar su labor en La Grita no sólo con tranquilidad sino con mayores bríos. Al tomar informes sobre el

---

(43) *Ibidem*, ff. 58-68. Caracas, 15 de diciembre de 1892.

(44) *Ibidem*, ff. 29-30.

(45) Archivo Secreto Vaticano. *Affari Ecclesiastici Straordinari*. Fasc. 17, ff 18-21

(46) (Pbro. Lic. Néstor J. Fernández Pacheco. *Perfiles Sacerdotales de la Iglesia merideña*. Mérida, 1955 M. Pez Pacheco. *Perfiles Sacerdotales de la Iglesia Merideña*. Mérida 1995.

Clero de su Diócesis, Mons. Silva había recibido conceptos muy elogiosos sobre Jáuregui y su obra en La Grita y lo confirma en esa Vicaría y Curato. En las entrevistas que luego sostiene con él, aquilata en todo su valer aquella personalidad polifacética de Jáuregui, entregada en cuerpo y alma al servicio de Dios y de la Iglesia.

Esas primeras impresiones tan favorables que le causara Jáuregui, las ratifica luego el Obispo cuando conoce personalmente la ingente tarea que hacía allá en La Grita. En su primera Visita Pastoral llegaba a esta ciudad el 15 de mayo de 1896. En el sitio de La Quinta, a una legua de distancia, lo esperaba un gran acompañamiento que lo condujo a la Capilla del Calvario. En la comitiva del Obispo venían nueve sacerdotes y el Vicario de Tovar.

La Visita se desarrolló con las formalidades acostumbradas y comenzó por visitar los diversos templos y capillas. Siguió después el Hospital, el Asilo de Huérfanos, las recién fundadas Hermanas de la Sagrada Familia, y el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, que tantas expectativas tenía de conocerlo. La obra le entusiasmó de tal manera, que en la propia Acta de la Visita da las gracias a Jáuregui y lo felicita muy efusivamente.

Había entre los alumnos un gran número de aspirantes al sacerdocio, y varios de ellos se disponían a ingresar en el Instituto Eclesiástico de la Diócesis, un nombre para disimular el Seminario. El Obispo preparaba en esos días el proyecto de establecer el Seminario de la Diócesis en la Isla de Curazao, bajo la dirección de una Orden religiosa, el cual inaugura en enero de 1898. Una obra que lamentablemente dura poco tiempo por la crisis económica. La Visita de Monseñor Silva a La Grita culminaba el día 24 con un solemne Pontifical, en el cual comulgaron muchos fieles. Dos días después finalizaba con un Te Deum. (47)

Ese mismo año de 1896 Mons. Jáuregui celebraba sus bodas de plata sacerdotales, rodeado del cariño y estimación de toda aquella feligresía que lo tenía por su padre y Maestro. Recibe innumerables felicitaciones y Acuerdos, y el pueblo de La Grita erige en su honor un monumento en la entrada de la ciudad: una columna de porte clásico, rematada con una cruz de hierro, y una lápida en el pedestal con la inscripción: «Recuerdo de las Bodas de Plata del Pbro. Dr. J. M. Jáuregui, 19 de noviembre de 1896». La columna encarnaba el mejor simbolismo de su persona.

«Así fue él, esbelto, rectilíneo, de rara consistencia granítica, de amplísima cultura clásica, sosteniendo siempre un ideal sublime: lo que es y lo que significa la Cruz de Cristo»(48).

---

(47) Archivo Parroquial de la Iglesia Matriz de La Grita. Libro de Gobierno No.I.

(48) Mons. Raúl Méndez Moncada. Ob. cit. p. 61.»

Ante el atropello y conculcación de nuestro territorio, que prevalida de su fuerza hacía la Gran Bretaña en Guayana, queriendo apoderarse hasta la ribera derecha del Orinoco, se levantó un clamor general en toda Venezuela. No teníamos fuerzas para oponerle, sólo el derecho y éste lo pisotearon con desprecio. A incitación de Jáuregui, en La Grita se constituyó también, como en muchas otras poblaciones, una Junta Patriótica defensora de la Integridad Nacional, de la cual fue su Presidente.

### **San Cristóbal, un nuevo campo de trabajo**

Jáuregui tenía una personalidad llena de un extraordinario dinamismo, que para realizarse debía estar siempre actuando, so pena de pensar en una traición a su misión; juzga que allá en La Grita había realizado su cuota de labor apostólica, y por lo tanto debía expandir su acción pastoral a otros campos. En San Cristóbal se le abría un espléndido horizonte a sus ansias apostólicas. Había mucho campo en donde trabajar, y juventud que formar y educar por los caminos cristianos.

La iglesia Matriz derrumbada por el terremoto de 1875, esperaba en sus cimientos una mano impulsora que la levantara. Había una ingente labor asistencial que realizar entre los huérfanos y enfermos. La atención y organización de una Vicaría, que a veces se resentía por lo alejado de su Obispo. Todo aquello lo llamaba a nuevas luchas y afanes misioneros. Le dolía dejar La Grita, donde había sembrado raíces tan profundas y era correspondido en el afecto y la veneración de todo un pueblo. Pero Cristo lo llamaba a otros campos, para sembrar las semillas cuyas mieses escogerían otros trabajadores.

Solicita al Obispo su traslado a San Cristóbal, o quizás fue Mons. Silva quien se lo propuso. Lo cierto es que el 19 de enero llegaba a San Cristóbal, dispuesto a actuar en su nuevo destino. Todo aquello se realizó en el más estricto secreto, apareciendo sólo como encargado de la Vicaría de San Cristóbal, para que el pueblo de La Grita no se alborotara.

El 20 de enero escribía al Obispo dándole cuenta de su llegada a San Cristóbal.

Tenía allí de compañeros los sacerdotes Manuel Rosales y Melecio García, a quienes había encargado de la parroquia, pues aspiraba a ser solamente Vicario, sin Cura de almas, para dedicarse a otras obras. Su primera preocupación era la fábrica de la Iglesia que se proponía levantar con la mayor rapidez. No abandonaba La Grita en su pensamiento, y en su carta expresaba preocupación por las obras que allí había dejado.

Regresa a La Grita, y en carta al Obispo transcribía el Acta de fundación de su Congregación de Hermanas, titulada Asociación de Siervas de la Sagra-

da Familia. El 21 de marzo volvía a escribir al Obispo desde La Grita, diciéndole que no había recibido todavía el título de Vicario de San Cristóbal, pero que podía enviárselo a esta ciudad pues pronto iba a partir hacia allá.

Recomienda como su sucesor en La Grita al Padre Melquíades Rosales, quien había trabajado con él en muchas obras, entre ellas el Colegio. Le habla de la buena marcha de este instituto, y le dice que por ahora no piensa fundar Colegios en San Cristóbal, porque allí había dos. En su viaje lo iban a acompañar cuatro clérigos egresados del Sagrado Corazón, y pensaba enviar a los bachilleres Luis Meza y Domingo Arellano a estudiar en el Seminario de Curazao.

En su afán periodístico, en esos días había escrito un artículo sobre el matrimonio civil, el cual había causado cierta inquietud al Obispo por su ortodoxia, según éste le manifestara. Por ello escribía al Obispo declarando su adhesión a la Iglesia y rectificando conceptos que pudieran interpretarse mal contra la doctrina. Su punto de vista era, que si se presentaba a casarse por la Iglesia una persona ya casada civilmente con otra, no la casaba por prudencia, a fin de evitar los problemas posteriores.

El 14 de abril el Obispo Silva participaba al Gral. Espíritu Santo Morales, Presidente del Estado Los Andes, que con esa fecha había nombrado Vicario Foráneo de San Cristóbal al Pbro. Jesús Manuel Jáuregui, y para La Grita había designado al Pbro. Melquíades Rosales.

Antes de partir de La Grita había levantado un Inventario de su Parroquia en el mes de marzo. El Acta expresaba, que iba a entregar el Curato al nuevo Pbro. Melquíades Rosales, pero dejaba en blanco la fecha de su nombramiento y no firmaba nadie. En el Inventario asentaba Jáuregui que la cúpula y altares de la nueva Iglesia Matriz se encontraban terminados. Los arcos de la nave central, en número de siete a cada lado estaban ya enrasados, y un trozo del cornisamento terminado en tres de los arcos. Las paredes del lado del Evangelio terminadas y enrasadas, y el frontis a la mitad, sin concluir. Todo el trabajo hecho lo estimaba en 25.000 pesos (49).

Como el Obispo Silva le había expresado su inquietud por la continuación de su obra del Colegio del Sagrado Corazón, y la conveniencia de entregarlo a una Congregación Religiosa, le escribía el 20 de marzo dándole la razón. «He estado pensando que sí conviene mucho la venida de los Salesianos a La Grita»(50).

---

(49) Archivo Parroquial de la Iglesia Matriz de La Grita. Libro de Gobierno No.I.

(50) Archivo Arquidiocesano de Mérida. Cartas de Mons. Silva. Legajo 1890. No. 166.



Los Salesianos habían llegado a Venezuela en 1894, y como hemos visto anteriormente, ya había propugnado su presencia en La Grita para encargarse del Curato y del Colegio. Ni en ese tiempo, ni ahora en 1898 llega a realizarse la entrada de los Salesianos al Táchira; lo harán más tarde a su Colegio de Táriba.

### **En su actividad cristobalense**

Ya en abril estaba Mons. Jáuregui en plena actividad constructora en San Cristóbal. En carta del 29 de ese mes le contaba al Obispo, el gran recibimiento que le había hecho el pueblo de San Cristóbal, y decía que en esos días próximos iba a buscar las maderas a la montaña para la construcción del templo. Cuatro meses después le informaba al Prelado, que ya había organizado el Asilo de Huérfanos en la quinta que le había cedido el Sr. J. A. Moreno, y lo había puesto a cargo de las Siervas de la Sagrada Familia.

En ese mismo mes eleva un informe sobre las actividades de esas Hermanas, que comenzaban a desarrollarse velozmente bajo el patrocinio de Jáuregui. El mismo Obispo le había enviado desde Mérida tres jóvenes, que iban a ingresar en la Congregación. En ese instante estaban distribuidas así: La Grita: tres Hermanas en el Asilo de Huérfanas, cinco en el Colegio de Niñas, tres en el Hospital, y en la Casa Madre la Superiora y cuatro Hermanas. En el Asilo de San Cristóbal, cuatro religiosas, y pensaba poner a su cargo el Hospital de San Cristóbal y el Asilo de Huérfanos de Táriba, que estaba por fundar, y a donde pensaba trasladar la Casa Madre.

En dicho informe ofrecía ceder al Obispo sus derechos de Patronato en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús, y le reiteraba su colaboración con los Salesianos, cuya venida urgía para que no se desmoronara el Instituto. Su ausencia de La Grita comenzaba a sentirse en esta ciudad, y aparte de su obra educacional que tambaleaba, el pueblo no se llevaba bien con el Padre Rosales, el nuevo Vicario. Jáuregui recomendaba a Mons. Silva que nombrase otro Vicario en sustitución de Rosales, para evitar los problemas. De todas maneras solicita permiso al Obispo para arreglar sus asuntos personales y generales en La Grita.

### **El Obispo le ordena regresar a La Grita**

En esos días recibe una carta del Obispo de Maracaibo Francisco Mervez García, llamándolo a colaborar a su lado en la nueva Diócesis. El se lo participa a Mons. Silva, pero éste se opone a ese traslado a la otra Diócesis. El 25 de noviembre llegaba a La Grita en uso del permiso solicitado, y se mantiene allí hasta el 13 de diciembre.

Al regresar a San Cristóbal encuentra una carta de Mons. Silva, ordenándole que fuese a ocupar de nuevo su cargo de Vicario de La Grita; ya él había hecho el sacrificio de romper las ataduras afectuosas y sentimentales con el pueblo griteño, y había comenzado a enhebrar nuevos sueños y proyectos en la ciudad Cristobalense, que ahora veía esfumarse. Esa natural desilusión se le convierte luego en franco disgusto por los roces surgidos con su sucesor.

El Obispo había nombrado Vicario de San Cristóbal al Pbro. Felipe Rincón González, quien andando el tiempo será Arzobispo de Caracas. A su paso por La Grita, el 11 de enero de 1899, el Padre Rincón le escribe a Mons. Silva, que el Jefe Civil lo recibió con una serenata, la cual debió ser, decía, por el bien que les proporcionaba a los griteños al devolverles a Jáuregui. Al día siguiente volvía a escribirle al Obispo desde San Cristóbal, que la gente de allí tampoco quería dejar ir a Jáuregui, a tal extremo que un grupo de personas fue a decirle que en venganza pensaban establecer una Logia Masónica.

La gente de San Cristóbal, que ya conocía la extraordinaria obra realizada por Jáuregui en La Grita y los proyectos que comenzaba a realizar en su nuevo destino, había hecho diligencias con el Obispo para que se lo dejaran allí. El Prelado les había contestado exponiéndoles las razones del cambio, y entregó la carta a los Generales Peñaloza y Medina. Esta respuesta y las razones del Obispo no se conocían en San Cristóbal, lo cual aumentaba el disgusto de la gente.

A la vez, ya habían hecho diligencias con el Presidente Andrade y aguardaban de un momento a otro su telegrama al Obispo. Y esto lo debía estar esperando Jáuregui porque retardó su viaje con varios pretextos. Según informaba el Padre Rincón González la gente comentaba que el traslado de Jáuregui era debido a las influencias del General Espíritu Santo Morales, Presidente del Estado Los Andes, con cuyo partido no se llevaba bien Jáuregui.

### **La gente de San Cristóbal no lo quiere dejar ir**

El Dr. Santiago Briceño, personaje de gran influencia en la política tachirense en ese tiempo, con fecha 29 de enero de 1899 escribía al Presidente de la República, Gral. Ignacio Andrade, su querido Compadre; «El Ilustrísimo Señor Obispo de Mérida ha retirado de la Vicaría y Curato de San Cristóbal al Pbro, Dr. Jáuregui, llevándolo a La Grita, con cuyo paso quizás se expongan obras que este ilustrado y progresista sacerdote ha emprendido, entre otras el Orfanato de San Cristóbal, para el cual acaba de comprar la quinta de José Antonio Moreno, muy buen edificio, levantado en lo que fue de Marcos Jácome, y también el igual Instituto y Hospital creados aquí en edificio que por su cuenta y para el efecto ha construido el Señor Gabriel

Cárdenas, además, ha dado poderoso impulso a la fábrica del Templo de San Cristóbal, y es en materia de instrucción activo agente donde quiera que esté. Como bien estimará Ud., la providencia se ha recibido en estos lugares con profundo desagrado; y aunque han puesto medio para hacerla cambiar, creo que no han podido obtenerlo, y esperan que Ud., a quien sobre el particular han dirigido una representación las Señoras de aquella ciudad, interponga su valiosa influencia a tal fin y consiga el resultado que apetecen. Me permito interesarlo a Ud. en este punto, pues aunque soy poco amigo de mezclarme en asuntos entre clérigos, veo de positiva conveniencia que el Dr. Jáuregui, persona de méritos, ilustrado y progresista, permanezca en estos lugares».

Era tal el aprecio que el Dr. Briceño hacía de la personalidad de Jáuregui, que a continuación lo recomendaba al Presidente para que integrase una importante Comisión, «Vuelvo a recordarle, decía Briceño al Presidente, la necesidad que hay de estudiar nuestra línea fronteriza con Colombia en los puntos ya indicados, antes de que la Comisión Técnica vaya a trazarla, para que los comisionados venezolanos tengan de ella informes ciertos y puedan obrar así con mejor éxito. Para la formación de esa Comisión previa, yo hice allá una indicación, y hablando sobre estos puntos con el Dr. Jáuregui puedo decirle a Ud., que él formaría con gusto parte de ella si Ud. estima aprovechable sus servicios, principalmente en la sección de los Frailes al Oír» (51).

### De regreso a La Grita

El 18 de enero de 1899 Jáuregui escribía al Obispo acatando su decisión, y diciéndole que estaba arreglando los asuntos para entregar el Curato al Padre Rincón, a quien había recibido personalmente y hospedado en su casa. Le da informes sobre el Asilo de Huérfanos de Táriba, y le daba noticias del Templo, cuya construcción había avanzado bastante en esos meses pasados. Agregaba por último, que en su viaje de regreso a La Grita se iría por La Florida y Potosí, para hacer allí unas Misiones. Hay unas frases finales en la carta de Jáuregui, que indican su absoluta conformidad y obediencia a los mandatos de su Obispo: «Muchísimo he considerado a Su Señoría Ilustrísima en estas emergencias, en las cuales me ha tocado tan solo ver, oír, callar y obedecer. Hágase la voluntad de Dios» (52).

---

(51) General Santiago Briceño A., *Memorias de su Vida Militar y' Política*, y cartas de su padre el Dr. Santiago Briceño. Caracas, 1949, pp. 456-457.

(52) Archivo Arquidiocesano de Mérida, Cartas de Mons. Silva. Legajo 1899. No 83.

A pesar de aquellos problemas las cosas habían ido saliendo sin asperezas, hasta que el Padre Rincón González, en un informe al Obispo le manifestaba que en verdad Jáuregui había adelantado mucho la fábrica del Templo, pero había dejado una deuda grande que montaba a 2.722 pesos. Aquello causó un disgusto serio en Jáuregui, que veía en ello una cierta retaliación, y reclamó al Padre Rincón por éste y otros informes que lo malquistaban con su Obispo. La deuda en verdad existía, pero no había sido contraída por Jáuregui sino por el Cura anterior, el Padre Arellano.

Después Jáuregui regresó a La Grita, a enderezar los entuertos de su ausencia, aun cuando se encontraba cansado y resentido. Todos esos roces y disgustos por el ir y venir, el quedar y el retomar, el apagar y encender sueños, enfriaron un tanto la amistad entusiasta entre Jáuregui y el Obispo Silva, aun cuando siempre se mantuvieron en un plano cordial.

## CAPITULO VIII

### EL CONFLICTO ENTRE EL HOMBRE DE PENSAMIENTO Y EL DE ACCION

#### 1

#### El enfrentamiento entre Jáuregui y Cipriano Castro

Poco tiempo después de su regreso a La Grita, surge un malhadado conflicto, que pone frente a frente al hombre de pensamiento y al de acción. Mons. Jáuregui se ve envuelto en un grave problema político con el General Cipriano Castro, que posteriormente le acarrea la pérdida de su libertad y el exilio definitivo de su patria. La fuerza se impone, y la inteligencia tiene que emprender el camino del destierro a mendigar un lugar en patrias ajenas.

En mayo de 1899 Cipriano Castro había iniciado su Revolución Restauradora e invadido el Táchira. Se suceden los combates de Tononó, Las Pilas, Cordero y El Zumbador. Mientras sitiaba a San Cristóbal donde estaban atrincheradas las fuerzas del Gobierno, tuvo noticias de la aproximación de un numeroso ejército del Gobierno, al mando del Gral. Antonio Fernández. Suspendió el sitio y tomó posiciones en la línea de Borotá, Palo Grande y Mochileros. El Gral. Fernández, quien venía por la vía de La Fría y Colón, adelantó sus posiciones hasta Michelena y lugares adyacentes. El ejército del Gobierno, sin contar las fuerzas en San Cristóbal, sumaría entre seis y ocho mil soldados, y los revolucionarios alcanzarían a unos dos mil hombres.

En los días antecedentes al 22 de julio entraba en escena Mons. Jáuregui. Conocía con anterioridad a los dos Jefes contrincantes, a los cuales distinguía con su amistad, más estrecha con Castro, quien en una ocasión había tomado su partido cuando otros lo atacaban (53). Rodeado de su bien ganada fama de sacerdote ejemplar, sin mezclas políticas, con una honorabilidad a toda prueba, surge como una especie de mediador entre las fuerzas enemigas. Su ardiente caridad quiere evitar el inútil derramamiento de sangre de los tachirenses, sus hijos espirituales.

---

(53) Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, No. 6, p. 71.

En tal sentido se dirige al Gral. Fernández, o es éste, quizás, quien lo manda a llamar a La Grita. Lo cierto es que después de su entrevista con el Jefe gobiernista, y vistos los mayores recursos en hombres y armas de su ejército que superaban en mucho los de los revolucionarios, se dirige a parlamentar con el Gral. Castro. La idea de Fernández era una Capitulación y Castro aspiraba a un armisticio.

Con su noble misión llegó Jáuregui al campamento de Castro en Borotá, el 22 de julio de ese año. Lo acompañaba el Pbro. Arellano, al cual por delicadeza con Castro lo envía a saludar al Pbro. Cárdenas que estaba en Borotá. La entrevista con Castro se desarrolla dentro de un plano amistoso, mas la discusión es larga. Jáuregui le hace presente que solo Castro estaba alzado en armas en la República, pues más nadie se había sumado a su revolución. Además, el ejército del Gobierno, como él lo acaba de ver, lo superaba en hombres y armas.

Castro no ceja en sus propósitos, pues mantenía su convicción de que lo secundaban muchas otras fuerzas en la nación. Sólo aceptaba una suspensión de hostilidades, mientras un Comisionado suyo, en unión de Jáuregui, iría al centro a observar si efectivamente todo el país estaba en paz. De estar toda la República en calma y sosiego, Castro entraría a tratar sobre la capitulación que se le proponía.

Jáuregui emprendió la marcha a Michelena, a llevar las proposiciones de Castro. En el camino meditó sobre esas propuestas, que le debieron parecer demasiado arrogantes y desmesuradas, dada la superioridad de fuerzas del enemigo. Se detuvo entonces en Lobatera, y desde allí escribió a Castro diciéndole que sus condiciones le parecían inaceptables para transmitir las a la otra parte, y por ello juzgaba que no debía ejercer su mediación en el sentido propuesto. Sería tiempo perdido y nada decoroso a su carácter llevar adelante esa misión. Insistía en la capitulación de Castro, a nombre de la religión, «a nombre de la sociedad tachirensis que anhela el restablecimiento de la paz, a nombre de la humanidad que anatematiza los sacrificios estériles». Agregaba finalmente: «Si mi mediación fuese desatendida regresaré a mi Curato con la tristeza de no haber podido evitar los terribles males que pesan sobre el Táchira, pero con la satisfacción de haber cumplido, junto con mis hermanos Sacerdotes, un deber de caridad que ha sido el único móvil que nos ha traído a los campamentos de la guerra» (54)

Por ser demasiado honrado consigo mismo escribió Jáuregui esa carta, pues a quien en verdad le correspondía negar esas proposiciones era a Fernández; la reacción de Castro fue violenta, descomedida e irrespetuosa. Algo

---

(54) *Ibidem*, p. 66.

normal en aquella megalomanía que desde temprano le apuntaba. Califica de insolente la nota de Jáuregui, lo acusa de espía y traidor, que fue a su campamento para llevar noticias al enemigo, y lo coloca, «no ya de «agente de la paz y apóstol del cristianismo, sino de abogado del Gobierno y sectario de la causa de la tiranía de nuestra desgraciada patria» Agregaba luego lo que después serán palabras irrisorias en su boca: le juro a Usted, que mientras una gota de sangre circule por nuestras venas, seremos la eterna protesta contra los tiranos de nuestra querida patria; y antes que verla gemir bajo el tacón de un nuevo tirano, regaremos con ella los fertilísimos campos de nuestro querido Táchira». El hombre no tiene derecho a existir, cuando la Libertad y el Derecho perecen...»(56).

Algunos han querido ver un activismo político de Jáuregui, en su fracasada mediación con Castro y su posterior e injusta prisión en Maracaibo, ordenada por el mismo Jefe. Otros tratan de ubicarlo como un combatiente político, afiliado al partido Conservador y opuesto al partido Liberal. Dada la trayectoria rectilínea de Jáuregui, a lo largo de su carrera eclesiástica, sin actuaciones partidistas en las luchas y banderías políticas, es difícil concebir ahora un contubernio con las fuerzas Andradistas del Gobierno, para oponerse a las de Castro. Hay que buscar la motivación a la resolución de Jáuregui en la aludida mediación, en otras vías que nada tenían que ver con el campo político, al cual nunca se había adscrito.

Se le ha querido endilgar también la calificación de Conservador como un cognomento político, que ciertamente no lo tenía. Pero en ese tiempo y momento histórico, ¿qué significaba entre nosotros esos calificativos políticos de conservador y liberal? El Presidente Andrade y su gobierno eran los últimos representantes de un moribundo partido Liberal Amarillo. Castro, cuyas ideas y ejecutorias anteriores no podían considerarlo como conservador, se calificaba y con él su Revolución, de Liberal Restauradora.

Como afirma un escritor de la hora presente: «La filiación liberal de Castro es la resultante del espíritu predominante en la sociedad en que se forma. Su oposición acérrima y constante al liberalismo «amarillo» representado en el Táchira por Espíritu Santo Morales, es el producto de las viejas rivalidades locales alimentadas al calor de las variadas facciones que se disputan el poder bajo el amplio manto liberal»(57). De modo pues, que el Pbro, Jáuregui que intermediaba en busca de la paz, se movía entre Liberales Amarillos del Gobierno de Andrade, y Liberales de la Revolución Restauradora de Castro. De

---

(56) *Ibidem*, p. 72

(57) Ramón González Escorihuela. *Las ideas políticas en el Táchira...* Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Caracas, 1994, pp. 144-145.

haber sido Jáuregui el conservador político que se le quiere endosar ahora, ¿lo hubiesen aceptado como mediador los dos bandos liberales en pugna?

El partido Conservador que se forma en los primeros años de la República, alrededor y en apoyo al régimen Paecista, desaparece como fuerza activa política después de la debacle de la Guerra Federal y la anarquía de los Azules. Permanecen personalidades, pequeños cenáculos, pero sin mayor trascendencia en la vida política del país, avasallada por la figura dominante de Guzmán Blanco y su liberalismo cortado a su propia medida. Hubo un solo partido, el liberal guzmancista, que dominó totalmente la escena política, y la oposición eran los enemigos de Guzmán, que también se llamaban liberales. Los restos de ese liberalismo llegan hasta la asunción del poder por Castro que asume su restauración, pero que a poco naufraga en la dictadura.

Los conservadores u oligarcas fueron el partido dominante en el Táchira, hasta más allá del triunfo de la Federación. Con la intervención del Poder Central a partir de 1870, cambia la relación. Los liberales comienzan a proliferar hasta alcanzar la supremacía, pero en su actuación no se diferenciaban mucho unos de otros. Los restos del conservatismo se conservan en el Táchira con fuerza y vigor, aunque como los liberales, todo dependía de nombres y relaciones muy personales. Así todo deriva a facciones y grupos, que respondían más a influjos personales que a directrices doctrinarias. Como asienta un moderno escritor: La terminología y las etiquetas partidistas típicas de la política nacional, sirvieron para ocultar las rivalidades locales subyacentes que se encontraban en la raíz de la inestabilidad regional» (58)

Ciertamente la Iglesia y sus Prelados, y con ellos el Padre Jáuregui, combatían al Liberalismo de ese tiempo en lo que tenía de ideas ateas y anticlericales. Aquí en Venezuela el Liberalismo tenía otro sentido para sus adeptos, con excepción de varios de sus corifeos, como Antonio Leocadio Guzmán, que hacían gala de su ateísmo y de su enemistad con la Iglesia; la mayoría de los que se calificaban de liberales asistían a los templos, participaban en las funciones de culto, prestaban su colaboración, recibían los Sacramentos y se consideraban parte de la grey cristiana. La verdad es que ese liberalismo nuestro del pasado siglo, con sus excepciones, no era irreligioso ni ateo, era un simple rótulo para una bandería política

El Dr. Santiago Briceño, uno de los más destacados representantes de la ideología liberal en el Táchira, nos da una muestra de lo que afirmamos anteriormente. Entre los consejos que le escribe a su hijo Santiago Briceño Ayesterán al cumplir la mayoría de edad, le dice: «Te hemos legado un tesoro

---

(58) Arturo Guillermo Muñoz. El Táchira Fronterizo ... Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Caracas 1985, p. 171.



de gran valía que espero sabrás custodiar con fidelidad digna de todo sacrificio. Ese legado es la Religión Católica en que por nuestra felicidad hemos nacido, única verdadera, única santa por sus enseñanzas y doctrinas que debes practicar con toda fe, no sólo por su pureza, sino también porque es recomendación suprema de tus padres, que no pueden indicarte otra cosa sino el camino, del bien, que lleva a la verdadera felicidad» (59)

Jáuregui combatió el Liberalismo en lo que tenía de ateo y de enemigo de la Iglesia, mas no atacó a las personas ni tampoco a su militancia política. Su línea de conducta estaba encuadrada dentro de las normativas de la Iglesia, y con ella se mantenía alejado de la contienda política. No todos los clérigos procedieron así, y en épocas ya superadas hubo cantidad de sacerdotes con participación activa en política, no sólo en el Obispado merideño sino en toda Venezuela. Muchos de ellos actuaron en uno u otro bando tanto en las lides políticas como en las contiendas armadas, llegando algunos a adquirir grados y títulos militares. Esa participación guerrera fue combatida fuertemente por la Iglesia. En caso de que un clérigo tomase parte en las guerras y campañas militares, quedaba suspenso y excomulgado ipso facto, reservando su absolución a la Santa Sede.

Jáuregui, hombre de paz, de armonía, de ardiente caridad cristiana, nunca llegó a participar en las lides políticas tan candentes en esa región tachirense, y mucho menos en las que llevaban a los enfrentamientos personales. Por encima de todas las banderías y odios mantuvo indemne su apoliticidad.

### **La fallida entrevista con Castro en la Grita**

Tres días después de la entrevista de Jáuregui con Castro, venía el resultado indeciso del combate de Cordero, que obligó a las fuerzas Castristas a replegarse, primero a Palmira y luego a Capacho. Rehechas allí sus tropas, Castro concibe la genial maniobra de marchar al centro de la República, dejando a su espalda el fuerte ejército del Gobierno. El 2 de agosto el ejército Castrista emprendía la marcha, pasa por Guama, La Viravira y pernocta en El Palmar. Al día siguiente estaba en El Cobre y el 4 llegaba a la ciudad de La Grita. Mons. Jáuregui, que había tenido noticias de la aproximación de Castro, se esconde muy prudentemente en lugar seguro.

Uno de sus discípulos, y ahijado, Eleazar López Contreras, quien seguía las huestes de Castro, trató de saludarlo pero no lo encuentra. El mismo relata la causa: «Estaba oculto por su desacuerdo con Castro, a quien quiso inducir a la capitulación, acto en que sin duda procedió de buena fe, pues

---

(59) General Santiago Briceño A. Obra cit. Caracas 1949, p. 52.

había visto el poderoso ejército de Fernández, muy superior a las débiles fuerzas revolucionarias, y creyó que Castro sería vencido al primer encuentro» (60).

Como era lógico, hubo un almuerzo en La Grita para las huestes revolucionarias, en las cuales militaban jóvenes que habían sido alumnos de Jáuregui. En el transcurso del almuerzo el Padre Felipe Santiago Vidal y los más destacados griteños, hicieron tentativas para una reconciliación de Castro con Jáuregui, prudentemente escondido. En principio Castro accedió a ello, pero la urgencia de la marcha lo desplaza seguidamente de La Grita, en pos de su aventada revolución. Castro triunfa por su habilidad y una increíble acumulación de circunstancias, y desde el solio del poder en Caracas comienza a ejercer sus retaliaciones sobre aquellos que consideraba sus enemigos.

### **Permiso para ir a Roma a ganar el Jubileo**

Entre la posible reacción del Jefe vencedor y el desabrimiento en las relaciones con su Obispo, Mons. Jáuregui piensa dejar su Curato y Vicaría. Así lo participa al Obispo y levanta un Inventario de su parroquia. Aquella incómoda situación lleva a Mons. Jáuregui, un hombre tan generoso y desprendido, a solicitar al Obispo se le entregara un pedazo sobrante del solar del Colegio, en compensación de una acreencia de 800 pesos que tenía contra la Iglesia. De su propio peculio había pagado esa suma a Esteban M. Dulcey, por unas reparaciones recientes efectuadas al Colegio del Sagrado Corazón.

Era evidente el propósito de hacer sentir su disgusto en alguna forma, pues en ese mismo Colegio había invertido antes sumas considerables de su propio patrimonio, sin cobrarlas nunca. Con ese motivo levanta un Acta en presencia de calificados testigos, en la cual establece compensación con la deuda de 800 pesos. En tal virtud se adjudicaba un pedazo de solar en forma de martillo, el cual formaba parte de la Casa Cural y colindaba con una casa de su propiedad.

La temida persecución política de Castro no se realiza en ese instante, sino que queda suspendida como una espada sobre su cabeza, Entre tanto vuelve a tomar posesión del Curato por corto tiempo. A raíz de la Semana Santa del siguiente año de 1900, y vistos los rumores amenazadores que surgían con su permanencia en La Grita, por medida de prudencia resuelve alejarse por un tiempo. Obtiene permiso del Obispo para ir a Roma a ganar el Jubileo del Año Santo, y se dirige a Maracaibo para embarcarse. Allí debió

---

(60) Eleazar López Contreras. Páginas para la Historia Militar de Venezuela. Caracas 1944, p. 15.

permanecer en los meses siguientes esperando una ocasión favorable para embarcarse, dada la carencia de buques a causa de la viruela que reinaba en buena parte del país.

Entro tanto Mons. Silva llegaba de Visita Pastoral a La Grita el 7 de mayo de 1900. Lo recibió el Teniente Cura Nieves de Jesús Rojas, encargado del Curato por ausencia de Jáuregui. Conociendo todo lo sucedido anteriormente Mons. Silva declara en el Acta: que la falta de firmas en el Inventario levantado por Jáuregui en 1899, no tenía importancia. Todo había sido subsanado, cuando el Pbro. Melquíades Rosales tomó posesión de la Vicaría e inmediatamente la volvió a entregar al párroco saliente Mons. Jáuregui, al cual titulaba de Vicario ausente. Como el Teniente Cura era muy joven, el Obispo encargó accidentalmente la Vicaría al Pbro. Felipe Santiago Vidal. El Teniente Cura sería auxiliado por el Pbro. Rafael Mora, de la Diócesis de Guayana, que se hallaba allí temporalmente (61).

En lo referente al asunto del pedazo de solar y la deuda con Jáuregui, el Obispo no quiso quedarse atrás en su afán de mortificar el contrario. En ese entonces Jáuregui estaba libre y en posible viaje a Roma. El Obispo decreta, y en verdad tenía razón, que el asunto estaba mal llevado canónicamente y debían cumplirse las formalidades consiguientes. Estas se efectuaban en 1901, por intermedio de su apoderado Ramón Vera G., ya ausente Jáuregui en el exterior. El pedazo de solar se avaluó en 450 pesos, y por esa cantidad se hizo la compensación de la deuda (62).

Jáuregui tuvo que detenerse algún tiempo en Maracaibo, en espera de buques para Europa, que no arribaban por el problema de la viruela reinante en toda esa región. Pero no estuvo ocioso en la ciudad marabina y prestó su colaboración a la incipiente Diócesis y a su Obispo Mons. Marvez.

Según testimoniaba Mons. Silva en carta al Gral. Castro, Mons. Jáuregui tuvo que detenerse en Maracaibo a causa de la viruela y de la consiguiente dificultad para proseguir su viaje, aguardando para esto una ocasión favorable. «En este tiempo ha estado dedicado al ejercicio del santo ministerio, a satisfacción del Ilmo. Sr. Obispo del Zulia y de todos los católicos de Maracaibo; así como también haciendo esfuerzos por mejorar los institutos de educación y beneficencia fundados por él en esta ciudad de La Grita» (63).

---

(61) Archivo Parroquial de la Iglesia Matriz de La Grita. Libro de Gobierno No. 1.

(62) Archivo Arquidiocesano de Mérida. Curatos. Legajo 11.206.

(63) Carta del Obispo Silva al Gral. Castro. La Grita, 21 de julio de 1900. Boletín del Archivo Histórico de Miraflores No. 6.

## CAPITULO IX

### PRISION EN LA PATRIA Y MUERTE EN EL EXILIO

#### Maracaibo lo quiere a su lado

En verdad la presencia de Jáuregui en Maracaibo fue de gran ayuda para el Obispo Marvez. Le orientó y le dio nuevas perspectivas pastorales, con sus consejos, experiencia y conocimiento de muchas de esas gentes zulianas con las cuales mantenía relación desde su lejana Grita. La presencia de Jáuregui a su lado, representaba para el Obispo Marvez una solución asaz conveniente a los problemas que enfrentaba con la escasez de clero sobre todo por la necesidad de tener a su lado, como su mano derecha, a una persona de la categoría intelectual y moral de Jáuregui. Pensando en todo ello ya había tratado de atraerlo a su lado, sin ningún resultado por la negativa del Obispo de Mérida.

Ante las dificultades por las cuales atravesaba Jáuregui, que hacían incómoda y peligrosa su permanencia en la ciudad gritense, Mons. Marvez obtuvo su aquiescencia para radicarse en el Zulia a su regreso de Europa; había además una propicia coincidencia, pues acababa de vacar el Deanato de la Catedral de Maracaibo por fallecimiento de su titular Mons. Dr. Castor Silva; era un cargo honorífico en donde Mons. Jáuregui compenetrado con su Obispo haría resaltar sus brillantes dotes intelectuales, su sapiencia eclesiástica y su actividad creativa.

Haciendo caso omiso al rencor y a la animadversión de Castro hacia Jáuregui, o juzgando que ya se le había extinguido su enojo, el Obispo Marvez lo recomendaba al Presidente Castro para ese cargo de Deán. En su bien concebida carta de 4 de julio de 1900 le expresaba: «Por mi cablegrama de ayer se habrá impuesto Ud. del fallecimiento de Mons. Dr. Cástor Silva, Prelado Doméstico de Su Santidad y Muy Venerable Deán de esta Santa Iglesia Catedral, así como de mis deseos, que son los de mi Cabildo, Clero y fieles, de que sea provisto este alto puesto eclesiástico, en la persona del meritísimo Señor Dr. Jesús Manuel Jáuregui, sacerdote éste que, como Ud. sabe ha prestado grandes servicios a la Iglesia y a la Patria, enalteciéndole además las preclaras virtudes y cualidades que tanto le distinguen».

«La elección del benemérito sacerdote Dr. Jáuregui para Deán de la Catedral del Zulia, sería un acto de justicia, y un favor grandísimo que se haría a la Diócesis de mi cargo; y a la vez no lo dudo, sería satisfactorio para el Gobierno que con tanto celo preside Ud., señalar el período de su patriótica administración, con un nombramiento de aceptación general y de mucha utilidad a la Nación. Confiado en su ilustrado y recto criterio administrativo espero que atenderá a mi especialísima recomendación, asegurándole el reconocimiento de la sociedad zuliana por esa notación de gran político cristiano» (64).

### **Por una incriminación injusta va a prisión.**

La esperanza que podía alentar el Obispo y Mons. Jáuregui, de haberse disipado el resentimiento de Castro y convenir en el nombramiento propuesto, naufragaba pocos días más tarde. El 13 de ese mes de julio se Descubría en Maracaibo un conato revolucionario de inspiración Mochista, encabezado por Felipe Garbiras y secundado por una cierta cantidad de personas representativas de la comunidad; se sindicaba a gente de la Universidad, profesionales y comerciantes, y a dos americanos de la Compañía de Luz Eléctrica, y se atribuía a los revolucionarios la intención de volar con dinamita varios edificios públicos.

A Mons. Jáuregui se le tenía en los círculos oficiales como desafecto y opositor al régimen, por su desavenencia con Castro al inicio de la Revolución Restauradora y a la malquerencia que el Jefe le había cobrado. Debido a su permanencia en Maracaibo por la dilación de su viaje, y a la actividad que había cumplido en ese tiempo en reuniones religiosas, sociales y culturales que lo vinculaban con mucha gente, Mons. Jáuregui era incriminado injustamente de ser uno de los corifeos de esa revuelta.

Aquella torva acusación lanzada por la maledicencia de algún miserable enemigo, encontraba eco en el Presidente Castro, o quizás fue el mismo Castro, que vio la ocasión de ejercitar su venganza enredando a Jáuregui en una conspiración. De inmediato ordenó a las autoridades marabinas la prisión de Mons. Jáuregui. Lo acogió el tétrico Castillo de San Carlos la tarde del 14 de julio; así lo comunicaba al Presidente Castro el Gral. Rafael Arias, Jefe de aquella Fortaleza: «Desde el 14 se encuentra aquí el Padre Jáuregui, el que está colocado en su celda». Y el Gral. Aurelio Valbuena, Jefe Civil y Militar del Zulia, le informaba también a Castro, que el Dr. Jáuregui reposaba ya en su celda del Castillo (65).

---

(64) Boletín del Archivo Histórico de Miraflores No. 6

(65) Boletín del Archivo Histórico de Miraflores No. 34, pp. 137 y 138.

### Solidaridad Episcopal y ciudadana

La arbitraria prisión de Jáuregui llenó de consternación y dolor a los zulianos, que encabezados por su Obispo y Clero hicieron diligencias para obtener la libertad del prisionero o aminorar su reclusión. Además de escribir a Castro solicitando la libertad del sacerdote, el Prelado intercedió con el Gral. Valbuena, con Don Felipe Arocha, con el Gral. Régulo Olivares y con muchos otros influyentes prohombres en favor de Mons. Jáuregui; con dificultad obtuvo el permiso para visitarlo y le prestó los auxilios requeridos en su estrecha prisión.

En la Diócesis merideña, el Obispo Antonio Ramón Silva escribía al General Castro, con el corazón lleno de amarga pena por la prisión del Padre Jáuregui.

«Duro se me hace creer, le escribía, que este sacerdote haya tenido participación en la política; y por el contrario, todo concurre a convencerme de que no la ha tenido. Poco después de la Semana Santa salió él de aquí (La Grita), con mi permiso, para ir a Roma a ganar el Jubileo del Año Santo, y a practicar allí otros ejercicios de piedad. Tuvo que detenerse en Maracaibo, a causa de la viruela y de la consiguiente dificultad para proseguir su viaje, aguardando para esto una ocasión favorable. En este tiempo ha estado dedicado al ejercicio del Santo Ministerio, a satisfacción del Ilmo. Sr. Obispo del Zulia y de todos los católicos de Maracaibo, así como también haciendo esfuerzos por mejorar los institutos de educación y de beneficencia fundados por él en esta ciudad de La Grita. El que se encuentra en tal disposición de espíritu y con tales propósitos en bien de su alma y de la humanidad, no puede tener ni gusto para mezclarse en asuntos políticos.

«Estimado General: si algún valor tienen las protestas de amistad que en diferentes ocasiones le he hecho y cuya sinceridad estoy dispuesto a comprobar con hechos, las interpongo con Ud., suplicándole la libertad del Doctor Jáuregui, y haciéndome fiador de él desde el momento en que la obtenga. Al efecto lo llevaría a Mérida y lo conservaría a mi lado por todo el tiempo que Ud. juzgara necesario. Hay muchos millares de almas cuya gratitud quedaría empeñada con Ud. por este acto» (66).

Muchos vecinos de La Grita solicitaron también la libertad de Jáuregui, en carta al Gral. Castro. Entre otras cosas le expresaban: «El Doctor Jáuregui como Sacerdote ha consagrado su vida a la formación y educación de la juventud andina, a la fundación de establecimientos de beneficencia y al cumplimiento de su deber ... General, los suscritos piden la libertad del benemé-

---

(66) Carta del Obispo Silva al Gral. Castro, La Grita, 21 de julio de 1900. Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. No. 6, pp 73-74

rito sacerdote y del notable y digno ciudadano, que tiene un alma para Dios y un corazón también para su amada Patria» (67).

El griteño Ramón Pino Farías escribía también a Castro en favor de Jáuregui. Se hacía vocero de los infelices huérfanos, de los pobres del Hospital, entre ellos muchos que derramaron su sangre en aras de la causa Restauradora; instituciones que debían su existencia y continuación al desvelo y cuidado del ilustre sacerdote. La noticia de la prisión de su benefactor, era una punzante espina de dolor en sus corazones. Confiado en su magnanimidad y en obsequio de su antigua y bien sentada amistad, le suplicaba al Gral, Castro olvidase sus resentimientos con el Dr. Jáuregui y le concediera la libertad y su apoyo. (68).

El Obispo de Guayana Mons. Antonio María Duran, sin saber qué sucedía o quizás sabiéndolo, solicitaba al Presidente Castro el nombramiento de Jáuregui como Deán de la Catedral y Director de la Escuela Episcopal. «Como un valioso presente que haría Ud. a esta Diócesis, vería yo el nombramiento de Deán en aquél sacerdote distinguido». (69).

Ante todos aquellos requerimientos y súplicas, Castro ordenaba el 4 de agosto al Gral. Rafael Arias, Jefe de la Fortaleza de San Carlos, que pusiese en libertad al Padre Jáuregui, con la condición expresa de que debía salir inmediatamente para el extranjero. Así lo hacía el Gral. Arias con fecha 10 de agosto y siete días más tarde comunicaba a Castro, que Jáuregui había partido para el extranjero, en la mañana de ese día

Pero Castro no perdonaba a Jáuregui, su rencor continuaba vivo. Su mayor concesión: lejos e imposible. (70).

Su primera etapa del exilio lo lleva a Nueva York. Allí permanece hasta principios de diciembre de ese año 1900, cuando parte hacia Europa, y el 19 de ese mes llegaba a Roma. Aquí encuentra una Peregrinación de Obispos y Sacerdotes Mexicanos que iban a Tierra Santa. Traba relaciones amistosas con ellos y lo designan su Predicador para esas jornadas. El 4 de enero de 1901 salían de Roma y seis días más tarde desembarcaban en el puerto de Jaffa. Siguieron luego a Jerusalén, visitaron los lugares Santos y recorrieron con piadosa unción los caminos sagrados que transitó el Salvador.

---

(67) La Grita, 28 de julio de 1900. Seguían las firmas del Pbro. Felipe Santiago Vidal, Juan de Jesús Gandica, Luis Lugo, David Mancilla, C.R. Olivares, Eloy Quintero, Ramón S. Chávez, Roberto de Jesús Gandica, A. Sánchez R., Manuel A. Contreras, Rafael M. Contreras, etc. Boletín del Archivo Histórico de Miraflores No. 6, p 79.

(68) La Grita, julio 31 de 1900. Boletín del Archivo Histórico de Miraflores No. 34, p. 79.

(69) *Ibidem*, p. 78.

(70) Lucas G. Castillo Lara. El Centenario de la Diócesis del Zulia, a través del Archivo Secreto Vaticano. Caracas 1996

El itinerario de esa Visita lo trae una carta de Ramón Pino Farías al Gral. Castro, fechada en La Grita el 18 de marzo de ese año, defendiendo a Jáuregui de unas calumniosas imputaciones periodísticas. Una noticia aparecida en el periódico «El Pregonero» suscrita por el corresponsal en Puerto Rico, daba cuenta de que Jáuregui andaba en actividades revolucionarias con Andrade y otras personas. La defensa ardorosa y conmovedora de Pino aclaraba que Jáuregui estaba en Palestina desde el mes de enero, según carta recibida. Así como también aparecía su estadía en esos lugares, según refería otra carta fechada en Belén, y publicada en el periódico «El Avisador» de Maracaibo. Pino aprovechaba para solicitar un salvoconducto para Jáuregui a fin de que volviera tranquilo y sin ningún temor al suelo de la Patria. Porque «la presencia del Dr. Jáuregui se hace necesaria en estos lugares, la juventud lo necesita y la sociedad del Táchira y de los Andes lo reclaman» (71). Pero en Castro estaba vivo el rencor y no perdonaba.

A su regreso de Palestina, Jáuregui pasa algún tiempo en Roma. Obtiene audiencia con el Papa, a quien cuenta sus trabajos apostólicos en favor de la juventud y las tribulaciones que lo cercaban con el exilio de su patria. La Santa Sede lo designa Protonotario Apostólico «Ad instar participatum» un bien merecido título honorífico, que se une al que ya tenía de Canónigo Honorario de la Catedral de Loreto.

### Entre obras y trabajos va a su cita de eternidad

Mons. Jáuregui va luego a Paris, y allí funda junto con el Padre Eugenio Prevost una Asociación para la conversión de sacerdotes extraviados, y ayuda y sostén de los eclesiásticos necesitados y ancianos. Una institución que se adelantó en mucho a su época y cuya mejor vigencia sería en estos tiempos. La «Fraternidad Sacerdotal del Buen Pastor», como se titulaba, tenía como objeto específico: «Establecer casas para acoger en ellas a los sacerdotes indigentes, enfermos y ancianos, o a los que, por cualquier causa se encuentren retirados del Ministerio». A poco el Gobierno francés, en una racha anticlerical, clausuraba en su territorio esa institución y expulsaba a los Padres que la dirigían. Mas esa Comunidad, no ha llegado a morir, sigue en pie y ahora obtuvo el Decreto Pontificio de aprobación Canónica (72).

Su contacto con los Obispos y sacerdotes mexicanos le había abierto el camino de ese país, y hacia allá se dirigió.

---

(71) Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, No 6 p. 77

(72) Pbro. Néstor J. Fernández Pacheco. Ob.cit. p. 187



Es nombrado Rector de un Seminario y dicta clases de Teología y más después es nombrado Provisor y Vicario General de la Diócesis de Huajuapán. Vuelve a Roma en 1904 y allí cumple diversas actividades. La muerte rondaba su luminosa carrera. Enferma, y mientras se le practicaba una operación quirúrgica entrega su alma a Dios, un 6 de mayo de 1905.

### **Ni aún después de muerto**

En tiempos de Castro, Jáuregui no pudo regresar a su tierra, ni aún después de muerto. Hubo de esperar en tierra extraña hasta 1909, cuando sus restos fueron repatriados. El Concejo Municipal de la Grita dictaba un Decreto a 22 de marzo de dicho año, solicitando la traslación a la patria de los restos del eximio sacerdote. A cuyo efecto nombraba una Comisión para gestionar ante el Gobierno ese pensamiento, compuesta de los andinos: Doctores Leopoldo Baptista, Emilio Constantino Guerrero y Pedro María Parra. Acordado esto por el Gobierno Nacional, trajo los restos mortales de Jáuregui a La Guaira el Dr. Román Cárdenas, por orden del Gral. Juan Vicente Gómez.

### **Han vuelto de nuevo la mirada a su Padre Espiritual**

Entonces sí, Venezuela volvió a acoger a su hijo en la inerte materia, aunque espiritualmente siempre estuvo con ella. La cal de sus huesos se siembra en Mucuchíes, que él mismo había escogido, porque quería estar al lado de sus padres en su sueño de eternidad, hasta que llegara la parusía gloriosa. Vino a sembrarse en la propia tierra andina, en las alturas de sus montañas, igual que su enseñanza y su recuerdo se sembraron en el alma de esta tierra.

Frente a la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles y junto a los gruesos y enredados muros de la que fuera la mejor obra de su espíritu, el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, su agrisado bronce tutela vigilante desde la plaza la vida de La Grita, Mons. Jáuregui supo descubrirle su sentido hondural y solidario. El pudo escuchar las inaudibles voces, con las que esta griteña tierra gritaba en la soledad del silencio su anhelo de pan espiritual. Y encontró el camino de las palabras exactas, que le dieron corazón y vida a los sueños enterrados en el légamo del tiempo. Logró hacer realidad la promesa que germinaba en la entraña de esta ciudad, y la volvió espejo de futuro al asentar su esperanza sobre la vivencia imperecedera de su obra.

Niquitao, Mucuchíes, La Grita, han vuelto de nuevo la mirada hacia la memoria viva de su Padre Espiritual, Mons. Jesús Manuel Jáuregui. Lo han reencontrado al remontar los árboles del tiempo y otra vez, como antaño, se han abrazado a su raíz de Padre.

## CAPITULO X

### EL HOMENAJE DEL MUNICIPIO JAUREGUI

#### La obra intelectual de Jáuregui

Al desaparecer Mons. Jáuregui de esta vida mortal dejaba atrás una obra madura, plena de realidades, cuajada de frutos. Más allá de la obra material que realiza a manos llenas en Mucuchíes, La Grita y San Cristóbal, está su imperecedera obra cultural e intelectual. En primer lugar se encuentra la hazaña educacional de su Colegio del Sagrado Corazón de Jesús que llena de lumbres y claridades al Occidente venezolano. Y ligadas estrechamente a ese momento cultural, están las producciones pedagógicas de Jáuregui para ayudar a desbrozar en las mentes de sus alumnos los caminos para sembrar las Ciencias.

Luego está su obra literaria y poética que lo pervive al paso del tiempo. Su clara inteligencia supo adiestrarse en el estudio de las disciplinas científicas y humanísticas y su sensibilidad y bullente imaginación lo hicieron abreviar con gozosa entrega en las fuentes literarias. Su estilo de clásicas resonancias, riega de armomía sus escritos y composiciones. Como bien dice su biógrafo Emilio Constantino Guerrero, Mons. Jáuregui era un escritor «cuyas formas literarias, galanas y bellas tienen la delicadeza y la perfección de los relieves griegos». (73)

Mas la idea que desarrolla en sus escritos, el pensamiento que guía los temas, no se queda en las bellas formas sino que se adentra en profundidad de conceptos. Todas las frases y giros van tejiendo la bien tramada argumentación, o se eleva en nubes cuando la inspiración poética lo guía.

Parte de esa producción intelectual tendía a cumplir una labor divulgativa, llevar conocimientos e ideas a los jóvenes y al pueblo en general. Son entonces los libros de texto para la enseñanza en su Colegio del Sagrado Corazón y en otros institutos, que llenan un gran papel pedagógico en las aulas en esos tiempos.

---

(73) Guerrero. Ob. cit. p. 263

Y en esa labor de difundir y propagar conocimientos e ideas, semillas de moral y religión, asume con calor el trabajo periodístico. No solo publica artículos y comentarios en la prensa regional y en la caraqueña, sino que adquiere una imprenta para el Colegio del Sagrado Corazón. Con ello le dá un vocero a sus jóvenes estudiantes y a la comunidad gritense, para la difusión de sus ideas e inquietudes. Allí se publican libros, textos de estudio, y periódicos de indole cultural y religiosa. Bajo su dirección aparece «El Misionero en 1894, que se reproduce facsimilarmente en esta obra. Así mismo surgen «El Estudiante» en 1897 «El Instructor» 1898, y «La Azucena» 1898, primer periódico de la región redactado por mujeres. (74). Esos periódicos sirven también de voceros a las inquietudes e ideales de una juventud ávida de horizontes.

Esa vasta y múltiple obra escrita de Mons. Jáuregui que va desde lo pedagógico a lo literario y poético, desde lo humanístico a lo histórico, desde lo científico a lo religioso y teológico, desde lo periodístico a lo divulgativo, ha andado siempre dispersa y a punto de desaparecer en su integridad. Apenas se conservan algunos ejemplares en selectas bibliotecas, y eso fragmentariamente, sin cubrir toda la obra jaureguina.

A la posibilidad cierta de la pérdida o degradación de los ejemplares que se conservan, se une el desconocimiento casi general de la cantidad, calidad y alcances de esa producción intelectual de Mons. Jáuregui. Esa ignorancia alcanza no sólo a nuestra juventud, sobre todo la andina, que deberían ser los primeros receptores de esa herencia intelectual, sino también a los mismos estudiosos y pensadores por la difícil ubicación y consulta de esos textos.

La Junta Sesquicentenario del Nacimiento de Mons. Dr Jesús Manuel Jáuregui Moreno en el Municipio Jáuregui, ha querido rendir un homenaje especial y ha dispuesto la edición de la casi totalidad de sus obras publicadas. Son ellas, siguiendo el orden cronológico de su edición, las siguientes:

1° - **Apuntes Estadísticos del Estado Guzmán, formados por orden del Ilustre Americano, General Guzmán Blanco, Presidente de la República.** Edición Oficial Imprenta al vapor de «La Opinión Nacional». Caracas 1877. La segunda edición, con el título de «**Apuntes Estadísticos del Estado Mérida**», que es la que aquí se publica fue una ofrenda del Estado Mérida en el primer Centenario del Nacimiento de Mons. Jáuregui y se editó en la Imprenta del Estado. Mérida 1948.

2° - **A los fieles de la Iglesia de Mérida.** Hoja suelta. Reimpresión. Imprenta al vapor de «Los Ecos del Zulia». Maracaibo 1985.

---

(74) Ramón González Escorihuela. Ob. cit. p. 36.

3° - **La Sultana del Zulia.** Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos. Curazao, 1889. Reimpreso por el Liceo Militar Jáuregui. La Grita. 1959.

4° - **Tratado de Urbanidad para uso de los Seminarios.** Tipografía Vicente de Jesús. Tovar. 1891.

5°.- **Geometría Elemental.** Para uso de los establecimientos de educación de ambos sexos. La Grita. Tipografía del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. 1892.

6°.- **El Misionero. Poema en un canto.** Imprenta del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús 1894.

7°.- **Muerte de Sucre. Poema.** Imprenta Americana. Maracaibo 1895

8°.- **Introducción a los Apuntes para la Biografía del ilustrísimo Dr Tomás Zerpa.** Imprenta Colón. Caracas 1895.

9°.- **El Episcopado Venezolano. Ofrenda al Ilmo. y Rvdmo. Señor Doctor Crispulo Uzcátegui, Arzobispo de Caracas y Venezuela en su jubileo sacerdotal, por el representante del Obispo de Mérida de Maracaibo. Pbro. Dr. J.M. Jáuregui.** Caracas. Tipografía La Religión. 1897.

10°.- **Sermón predicado en la Iglesia de N.S. de Las Mercedes de Caracas, en la fiesta de San Francisco de Asís. 4 de octubre de 1897.**

11°.- **El Amor Divino (A la amada memoria del Ilmo. y Rvdmo. Doctor Tomás Zerpa. Colección de Discursos pronunciados durante el mes del Sagrado Corazón de Jesús. Imprenta del Boletín Comercial. Táriba 1898.**

12°.-**Apreciaciones de Mons. Jáuregui sobre la Ley del Divorcio en Venezuela. Roma 1904.**

13°.- **Introducción a la Gramática Latina. Prólogo a la obra Lecciones de Gramática Latina de Miguel María Candales. Imprenta Oficial Mérida 1913.**

14° - **El Misionero. Periódico. Organo del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. 1892-1897.**